Mundo Argentino



AVES PARLERAS, POR VÍCTOR MOREY



GILITO TIENE AMIGOS "BIEN"... DESCONSIDERADOS















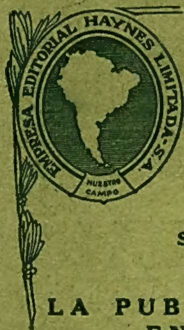












Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO
APARECE LOS MIÉRCOLES
LA PUBLICACIÓN QUE MÁS CIRCULA EN LA AMÉRICA DEL SUR

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
252 - CALLE RÍO DE JANEIRO - 262
U. T. 62, MITRE, 8704 Y 9560 DIRECCIÓN TELEGR.: "SENYAH"
OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUBSCRIPCIONES
AVENIDA DE MAYO, 749 - 5º Piso
U. TELEF., 33, AVENIDA, 1472. BUENOS AIRES

AÑO XIV — BUENOS AIRES, ENERO 30 DE 1924 — NÚM. 680

ECONOMIAS SOBRE SUELDOS MODESTOS

Una interpretación del presupuesto que provoca protestas. — En muchos casos con esa interpretación no sólo no se mejora, sino que se empeora la situación de los empleados afectados. — Quejas de los ordenanzas, del personal técnico y subalterno de la Universidad, de los profesores secundarios y de los telegrafistas de los ferrocarriles del Estado. — En cambio, no se suprimen prebendas ni sinecuras, ni se suspenden obras públicas innecesarias, ni se tocan los altos sueldos, ni se evita que se gasten millones en armamentos, ni se aumentan las legítimas fuentes de entradas, gravando la renta del suelo.

MILES de empleados nacionales vienen exteriorizando su protesta en contra de la forma como el P. E. interpreta la ley del presupuesto. En virtud de tal interpretación, esos empleados quedan excluídos en algunos casos no sólo de ciertos aumentos que el legislador les acordó, sino que ven disminuidos sus sueldos. En otros términos: no sólo no se les mejora, sino que se les empeora su situación, con respecto a la que han venido gozando hasta la promulgación de la "ley de las leyes".

Y esto ocurre a pesar de encontrarnos en presencia del más abultado de los presupuestos.

Se quejan los ordenanzas porque se les excluye de la escala de aumentos de sueldos; se quejan los empleados subalternos y el personal técnico de la Universidad porque se les disminuye sus haberes, en vista que el P. E. se niega a entregar los fondos para hacer efectivos los aumentos, y las autoridades de la enseñanza superior declaran que carecen de fondos propios para pagarlos por su cuenta. Se quejan los miembros del magisterio secundario porque de la escala de aumentos han sido excluídos, además de los profesores que desempeñan cargos en la administración nacional, provincial o municipal, los que desempeñan cargos directivos o técnicos dentro de la misma enseñanza, como si la consagración exclusiva a las tareas pedagógicas debiera penarse con una rebaja en los emolumentos. Y, para terminar con este capítulo de quejas, también formulan la suya, aunque más calladamente, según nos lo escribe un afectado, los telegrafistas de los ferrocarriles del Estado, a quienes se les pagan los aumentos que les corresponden por el escalafón desde septiembre en lugar de mayo, como corresponde, y como se vienen satisfaciendo en las empresas particulares, y, por otra parte, no se tiene en cuenta la antigüedad, ganando todos los telegrafistas ciento cuarenta pesos mensuales, aunque a muchos les corresponde otra suma, inclusive el máximo, o sea ciento ochenta pesos, porque llevan más de veinte años de servicios.

Pues bien: todas estas quejas están plenamente justificadas. Ni a los ordenanzas, ni al personal técnico y subalterno de la universidad, ni al profesorado, se les puede quitar, con argucias interpretativas, lo que la ley les otorga. Otro tanto puede decirse de los telegrafistas de los ferrocarriles del Estado.

No se trata, en ningún caso, de asignaciones excesivas. Se trata de sueldos modestos, que remuneran actividades útiles, nobles. No se nos escapa que se invoca un motivo fundamental en favor de tales rebajas: la necesidad imperiosa de hacer economías.

No seremos nosotros enemigos de que se introduzcan economías: en muchas ocasiones las hemos reclamado, e insistiremos al respecto. Las finanzas del Estado corren tremendo peligro cuando año tras año el presupuesto se cierra con gruesos déficits.

Pero las economías hay que saber hacerlas. No es lógico ni justo ese ensañamiento con los servidores más eficientes y modestos del Estado, mientras persisten, y hasta aumentan, las prebendas y las sinecuras, y mientras para nada se tocan los sueldos elevados, que en el presupuesto abundan.

Eso por una parte. Por otra, salta a la vista la incongruencia que entrañan esas economías de algunos millones de pesos cuando se pueden suspender muchas obras públicas votadas para favorecer intereses particulares y, sobre todo, ¿qué son esas magras economías, que, sin embargo, afectan honradamente a centenares de hogares, ante los muchos millones que apresuradamente quiere emplearse en adquirir armamentos, sin agotar previamente los medios de llegar a un acuerdo con las naciones vecinas, que tornaría inútiles semejantes adquisiciones?

Y, por último, si el Estado necesita mayores recursos, ¿por qué, de una vez por todas, no grava la renta, la renta del suelo, especialmente, hasta hoy, contra toda justicia, casi intacta?

BAÑOS PÚBLICOS EN PROVINCIAS

POR iniciativa del presidente del Departamento Nacional de Higiene se establecerán baños públicos en provincias, empezando, por lo pronto, con las de Jujuy, La Rioja y San Luis, en cuyas estaciones sanitarias habrá baños, con separación de departamentos para enfermos y sanos, y por sexo. En los baños, además, se curará a los enfermos, se vacunará a los que no lo estén, se desinfectará la ropa, etc.

Esta iniciativa, tan sencilla, encierra innegable importancia. Los baños no son una costumbre incorporada, en la medida en que debería estarlo, en provincias. La gente pobre, en muchas provincias, se baña por excepción, y no todos los ricos, al parecer, son afectos a este elemental hábito de higiene.

No es que la gente esté reñida con la saludable práctica. No. Sencillamente, falta el agua, a veces hasta para beber. ¿Cómo pensar en bañarse?

La implantación de estos baños públicos, con agua a discreción, llega, pues, oportunamente. Es de esperar que, en breve, funcionen los baños públicos en todas las provincias.

AJENJO BAJO OTROS RÓTULOS

DESDE que el impuesto al ajenjo ha sido aumentado, hasta hacerlo casi prohibitivo, esa bebida, que se cuenta entre las que poseen la más alta dosis de alcohol, se expende disfrazada bajo otros rótulos.

El hecho se venía sospechando desde tiempo atrás, y recientemente una inspección algo prolija lo ha comprobado acabadamente en algunas casas de comercio, que vendían ajenjo en botellas rotuladas con bebidas de menor graduación alcohólica, y que, en consecuencia, pagan menos impuesto.

Verificado el hecho habrá en adelante que redoblar la inspección. Al gravar el ajenjo con un impuesto elevado no se ha pensado, únicamente, en obtener mayores entradas fiscales. Se ha pensado, en primer término, que el ajenjo es un verdadero veneno y que su consumo en la república había llegado a cantidades realmente alarmantes. Conviene, entonces, que este alto propósito no sea burlado en la práctica por comerciantes sin escrúpulos.

LOS EMPLEADOS DE LA ADMINISTRACIÓN SANTIAGUEÑA

EN múltiples ocasiones hemos señalado el hecho siguiente: en las provincias es regla, con muy pocas excepciones, que los maestros cobren con gran retardo sus reducidos haberes, mientras los empleados de administración, que desempeñan un evidente papel político, cobran sus sueldos con regularidad.

Ahora debemos anotar una excepción: la administración santiagueña. No sólo los maestros son los afectados en este caso. Lo son, igualmente, los empleados provinciales. Se les adeuda algo así como la friolera de año y medio.

En estas condiciones es natural que nos sintamos un poco perplejos. No es para menos. Constituye para nosotros un problema saber cómo viven esos empleados. Porque en verdad la cosa debe encerrar su secreto. ¡Vivir sin cobrar año y medio no deja de ser una hazaña portentosa!

Esperamos que no sea necesario una intervención nacional en la provincia para que esos sueldos sean satisfechos.

LOS MAESTROS DE ESCUELA DE JUJUY

EL comisionado federal—como ahora se ha dado en llamar a los interventores—en Jujuy, tendrá que dedicar sus primeros esfuerzos a la solución del problema planteado por la situación de los maestros, que han merecido, ignoramos por qué, las iras del ex gobernador don Mateo Córdova.

Un embrollado conflicto escolar que motivó la suspensión del Consejo Provincial de Educación, se "cristalizó" en el propósito de sitiar por hambre a los maestros de primeras letras. El año 1923 terminó así, adeudándoseles diez y seis meses de sueldo y pagándoseles "uno" y en bonos provinciales, que, como se sabe, llegaron a sufrir una depreciación tal que, quienes los aceptaban, pagaban por ellos, en mercadería, un 50 por ciento y en moneda nacional: nada, es decir, nada no... En un remate de bonos un postor quiso pagar 10 centavos curso legal, por un lote de 2.500 pesos nominales en "letras de tesorería"...!

Suponemos, conforme lo decimos, que el interventor de Jujuy procurará resolver antes que nada, esa vergonzosa situación de los maestros de escuela.

JUBILACIONES GREMIALES Y SEGURO SOCIAL

LA ley de jubilaciones, últimamente sancionada, ha dado lugar a la protesta de varios gremios importantes, cuya opinión mereció, por lo menos, ser escuchada oportunamente.

Son notorias las deficiencias encerradas por la ley, precipitadamente discutida por el parlamento y empeorada visiblemente por la reglamentación, severamente restrictiva, del poder ejecutivo.

Esa reglamentación es provisional. Se está a tiempo, por lo tanto, de rectificarla, haciéndola más equitativa.

Con todo, la ley viene a llenar su función. Mas una función incompleta. La verdadera función no pueden llenarla estas jubilaciones corporativas. La llenaría, en cambio, un sistema completo de seguro social, como los que funcionan en algunos países europeos, y que garantizara indistintamente a todos los que trabajan y producen, contra los riesgos de enfermedad, accidentes de trabajo, invalidez, desocupación, viudez, orfandad y muerte. Sería una iniciativa de muchos más alcances y de horizontes infinitamente más vastos que los ofrecidos por éstas leyes de jubilaciones.



EN LA REDACCIÓN

El director. — ¿Por qué no vistió a los personajes de su dibujo de acuerdo a la moda de 1840?
El dibujante. — ¿Por qué me dice usted eso?...
El director. — Porque así estaría de acuerdo con la edad del chiste...

EL GRAN PARQUE NACIONAL DEL SUR

LAGOS, MONTAÑAS, SELVAS Y CASCADAS

POR EDMUNDO MONTAGNE



FOTO RENÉ BOUBIET

HACIA EL VOLCÁN TRONADOR, EN BUSCA DEL ENCANTADO VALLE DE LA TRINIDAD, DONDE ACAMPARÁN LOS ALPINISTAS

OR allá, más de cinco lustros hace, cuando fué demarcado el límite chilenoargentino, púsose en evidencia como nunca la grandiosidad de la hermosura que la naturaleza de nuestro territorio adquiría en la región de los bosques y los lagos.

Así se llama comúnmente en ambas naciones limítrofes la parte sur cordillerana.

De los bosques, los lagos, las cumbres y las cascadas, podría agregarse para dar más fiel idea del carácter de esa inmensa región.

Ella no había sido debidamente apreciada, ni lo sería sino con el correr de los años, debido a las grandes soledades de la pampa y del desierto patagónicos que la tenían separada de la República.

Se pensó entonces en la necesidad de salvar esa distancia mediante el ferrocarril. Y, entretanto, se fomentó el turismo.

Éste, muy escaso pero continuo, se hizo llegando a los lagos en tren y galera, luego en tren y automóvil. En la actualidad es posible al fin valerse para el traslado, del primer medio, casi exclusivamente; posibilidad que, llegada en pos del decreto del gobierno anterior que dió por habitado el Parque Nacional del Sur, hará de la región de los lagos, las cumbres, las selvas y las cascadas, mucha de cuya parte entra en dicho parque, un punto de excursiones, de agreste y magnífico recreo, para ciudadanos veraneantes y turistas de todo el mundo.

La fama del lago Nahuel Huapí y del monte Tronador ha venido aumentando al punto de hacerse un deber de conciencia nacional el conocerlos de visu, y respirar el viento de las cumbres nevadas que allí reina.

Los meses finales y primeros de año son los más propicios para tal paseo, pues durante esos meses se calma el oleaje verdaderamente marino del gran lago.

En redor de éste, y conteniendo más lagos, y, como dijimos, selvas, montañas y torrentes, el parque mide unas setecientas ochenta y cinco mil hectáreas, y suscita en todas partes la estupefacción del prodigio, porque los motivos de encanto son siempre y constantemente nuevos.

Toma el parque territorios de las gobernaciones Neuquén y Río Negro, y tiene al norte el lago Traful y otros, al sur el de Mascardi y algunos más, al este el río Limay y el desierto, y al oeste la línea limítrofe en las montañas.

El lago Nahuel Huapí es alargado: una parte, noroeste sureste, reposa entre la cordillera; la otra, oesteeste, más al sur, deja las estribaciones y se extiende en el llano. Con ambos sectores forma el lago como una hoz, si no se cuentan, claro está, sus numerosos brazos; y entre ambos sectores, donde esa hoz pronuncia su curva, las aguas rodean a la isla Victoria, que ocupa el centro del Nahuel.

Bariloche es un pueblo nacido con este siglo; se asienta al pie del arbolado cerro Ottoshöe, en la margen sur del lago; sus casas de madera y techo a dos aguas se alinean sobre dos terrazas de diferente nivel. Entre una y otra llanada existe una escarpa. La de nivel más bajo está junto a la orilla. Y entre las casas asoman las copas verdes de algunos frutales.

Cerca de allí, desde un ciprés centenario, es dable alcanzar con la vista la opuesta margen del lago, donde, tras el cordón de las primeras montañas, descuellan las altas cumbres sempiternamente blancas.

Desde los mil cuatrocientos metros de altura del cerro se abarca más y mejor. Las dilatadas aguas del lago se internan en los desfiladeros y precipicios lejanos de la cordillera, se guarnecen de selva en el segundo término del cuadro coloso, y cabrilleando en pleno sol aquí, bajo la mirada, ríen con su espuma al poder satisfechas extenderse como en perezoso descanso por la llanura del oriente, a la diestra del observador.

VÉANSE LAS FOTOGRAFÍAS QUE ACOMPAÑAN A ESTE ARTÍCULO EN LAS PÁGINAS 14 Y 15

Hacia el Nahuel Huapí convergen todos los caminos del parque.

Unas así como torres góticas levanta en el oeste el cerrijón llamado Catedral, y más al sur destacan sus crestas la Sierra de la Ventana y el Cerro Colorado, diversas de color y de belleza, según la hora.

Deseos de excursión entran desde la altura: el misterio de las selvas y sus encantados retiros están pidiendo apresto de automóviles y cabalgaduras, o los silentes remansos del lago, entre sus penínsulas y retorcidas márgenes, parece que aumentan, a impulso de nuestras ansias, el balanceo de las barcas amarradas en el pequeño muelle de Bariloche, o adivinadas, más quietas, en el hondo y protegido puerto de la isla Victoria.

Desde esta isla, toda ella bosques, lagunas, praderas policromas de flores o sangrantes de frutillares silvestres, la contemplación del lago es más completa. La isla tiene un montículo que sirve de observatorio. La mirada sigue desde allí el vuelo de las aves acuáticas, y así recorre las bahías cuya entrada guardan severamente sombríos y enormes seres de piedra en meditabunda actitud.

En vaporcito se emplean dos días para recorrer con detenimiento el lago.

Los puntos, saliendo de Bariloche hacia el oeste, son: Playa Bonita, Puerto Moreno, Brazo Campanario, Península San Pedro, Brazo de la Tristeza, Brazo Blest, Casa Millaqueo, El Rincón, y en la otra margen, volviendo, la Península Beatriz, el golfo del Puerto Manzano, Brazo Huemul, Puerto Sábana, la costa que enfrenta a Bariloche, la desembocadura de las aguas en el río Limay (extremo oriente del lago), y, de regreso, la orilla sur, hasta el puerto.

El veraneante o turista, recorrerá pronto esta última orilla en ferrocarril, cuando llegue al parque después de atravesar la Patagonia. Puede echar un primer vistazo al lago sin abandonar la ventanilla. Y esa contemplación, magnífica, es como un anticipo de los grandes placeres estéticos de la temporada.

Por las aguas del lago es posible internarse en la cordillera, alejándose hasta setenta kilómetros del punto de partida. Este punto será en breve la península de Llao-Llao, así que en ella se inaugure un hotel para turistas.

La parte norteoeste del lago contiene las islas Hermanas y de la Última Esperanza, y da en un río, el Torrentoso, que conduce a otro lago de su nombre.

Si en vez de ese derrotero se ha seguido en derechura hacia el poniente, puede franquearse la cordillera del todo. Para ello se navegará el Brazo Blest, que es como un tajo en el granito enorme, un tajo de ochocientos metros de profundidad, veinte mil de largo y cuatro mil de ancho, todo él agua serena y espejeante. Comunica el brazo con Chile mediante el paso Pérez Rosales, que así une el Nahuel Huapí con hermosos lagos de la nación vecina. Surcados éstos, dejaríamos las altas cumbres a nuestra espalda, en el naciente.

Muchos ríos, saltando al sol entre piedras o escondiéndose en los bosques, unen unos con otros los lagos del parque. Algunos, después de precipitarse en su recorrido con cien caídas fragorosas, se derrumban de una sola vez, como el Fetaleufú, sobre un lago, anchamente, desde setenta metros de altura, dejando oír su estruendo a diez mil metros de distancia.

Esta caída de agua horroriza sublimemente el ánimo del contemplador.

Los bosques y su flora: alerces, radales, lengas, nayas, cipreses, bambúes, araucarias... Los bosques y su fauna: huemul o ciervo de los Andes, algún felino menor, algún armadillo, hurón, guanaco... Estos bosques del sur cordillerano, limpios como jardines, ofrecen al turista, al estudioso, al simple veraneante, emociones, temas de meditación y esparcimientos incontables.

La caravana excursionista halla a veces obstruído el paso. Es que el crecer vivaz de los árboles o los cortinones despistadores de las enredaderas gigantes, han borrado la picada seguida el año anterior. Y ahí el reabrirla o el rastrear con mil aventuras, hasta volverla a encontrar. Y no será extraño que, aun hallada la senda, sea menester más adelante dejarla y retomarla con un rodeo, a causa de algún corpulento árbol caído de través.

El "alpinismo" cuenta en el parque diversidad tal de montañas que ascender, desde las montuosas del primer término y las selváticas del segundo hasta las roqueñas, altísimas y heladas del tercero, que la afición, en vez de alpinismo—vocablo que en nuestro país dice poco—debería llamarse "andinismo".

Desde el cautivante Seno de la Trinidad — uno de los valles más bellos del mundo — han escalado y siguen escalando nuestros alpinistas el monte Tronador, y hallan al hacerlo el mayor de los placeres de ese género.

Con su corte de volcanes apagados, allá está el vigía andino, encapuchado de blanco. Años atrás, se valió de su enguaje más suave para atraer la atención de los porteños: les arrojó ceniza: esto es, llevó su aliento y su palabra a mil setecientos kilómetros, distancia existente entre el famoso Tronador y la tumultuosa e indiferente Buenos Aires.

¿Qué quería decir espolvoreando ceniza el volcán murmurador?

Sencillamente esto:

—Aquí me tienen, aquí me tendrán siempre, guardián de un jardín enorme y diverso como la más hermosa nación del mundo que quieran mencionarme. Y, ¿para qué les guardo a ustedes esta maravilla, si en vez de gozarla prefieren jadear, sin aire y sin horizontes, durante los meses asfixiantes del verano, siguiendo unos tras otros, aplanados, carientristecidos, las calles rectilíneas de la ciudad?

¡Ah, Buenos Aires, grande urbe del trabajo; ciudades todas del Plata y de la patria: soltad a vuestros hijos en la hora del descanso, y decidles que vengan a respirar el viento de las cumbres: él nutrirá con nuevos bríos sus anhelos. Decidles que vengan a contemplar mis inefables grandezas: ellas embellecerán y darán altura a sus miras. Todos los hombres habrán de sentir aquí el supremo impulso, ese que pide la clava de los titanes y no para hasta empuñarla, a fin de ascender y ascender por la grada de montañas que conduce a lo infinito, frente a lo Eterno, donde en premio se alcanza el bautismo de la seguridad y el poder.

UNA TRAGEDIA EN EL CHACO



—MI CAPITÁN: SOSPECHANDO EL PELIGRO DE USTEDES, DI AVISO A LAS...

POR **OSCAR R. BELTRÁN**

EL capitán Carlos Morales era uno de los pocos jefes "de la vieja escuela" que quedaban en el ejército argentino. Esto quiere decir que el capitán Morales no había cursado sus estudios en el Colegio Militar, sino que había ido conquistando sus galones poco a poco, desde soldado raso, en las campañas contra los indios...

Las filas de nuestro ejército habíanse depurado lentamente de estos clásicos "militarotes" de rústico aspecto y de voz aguardentosa, que ofrecían un fuerte contraste con la brillante pléyade de oficiales modernos... Pero aun quedaban dos o tres de aquellos militarotes, a los que no se pudo eliminar del escalafón..., y fueron confinados. Al capitán Morales lo destinaron al Chaco Austral. Era aquella una zona de responsabilidad y de peligro, pues casi diariamente los indígenas que trabajaban en los ingenios, que allí abundan, se levantaban en armas y "pegaban un malón"...

Estos malones eran, a veces, instigados por los mismos obreros blancos, muchos de los cuales eran prófugos de los presidios, o bandoleros paraguayos, que habían atravesado la frontera...

Morales partió con el alma llena de amargura hacia las zonas chaqueñas. Por él, nada le importaba llevar una vida errante y de peligro. Pero tenía que llevarse a su pobre mujer, Emilia, y a Ernesto, su hijo, un muchachito triste, de quince años, el cual tendría que suspender sus estudios.

Antes de partir, Emilia se había animado a insinuarle, con voz temblorosa:

—¿Por qué no lo ves a tu compadre Medina? Él tiene cuñas y podrá conseguir que no te trasladen de Buenos Aires.

Pero el capitán Morales no acostumbraba a discutir las órdenes de sus jefes.

Y se fué, no más, al Chaco, con su mujer y su hijo.

II

EL ingenio "La Famosa" estaba situado a unas treinta y cinco leguas de Resistencia, en el Chaco Austral. Cuando llegó la diligencia que conducía desde la ciudad al capitán Morales y a su familia, los viajeros se encontraron con un cuadro impresionante: Un hombre de piel broncínea, y de pelambre hirsuta, revolcábase en el suelo, lanzando terribles alaridos. Varios obreros blancos lo contemplaban casi impasibles, formándole semicírculo. De pronto, el que se quejaba, quedó inmóvil, con la boca apretada en un rictus de dolor, y los ojos desmesuradamente abiertos, vidriosos...

—Ya dejó de penar—dijo uno, que parecía el capataz. Y dirigiéndose a los otros, ordenó: —¡Abran un pozo bien hondo y entiérrenlo!...

Morales, que se había apeado de la diligencia, inquirió lo que ocurría.

—Nada; un indio que tenía el "grano malo" y que, cansado de sufrir, se envenenó con tanino.

—¿Con tanino?

—Sí: es el gran veneno que aquí usan los indios. Una gota de tanino en el cigarro que fuman..., y a los cinco minutos, cadáver...

Ya los otros individuos habíanse llevado al indio muerto. Emilia se colgó, atemorizada, del brazo de su marido, y miró con espanto en derredor. Todo infundía miedo: el paisaje, el extraño graznido de misteriosos pájaros, el lejano clamoreo de los indios que trabajaban en cortar las cañas de azúcar, y, sobre todo, las caras de los hombres. ¡Oh, sí, esos hombres tenían caras terribles! En todos aquellos ojos había miradas oblicuas, torvas, recelosas...

III

EL capitán Morales y los suyos fueron alojados en un casuchón de material situado no lejos de las oficinas y maquinarias del ingenio "La Famosa". Era un edificio antiguo que, con ser desmantelado, con casi todas sus puertas salidas de quicio, con sus paredes casi desmoronadas y con las vigas del techo medio derruídas, era el mejor alojamiento que podía ofrecerse a ser humano en medio de aquella selva bravía... Los empleados blancos y los indígenas que trabajaban en el ingenio, vivían en cuevas...

La misión del capitán consistía en comandar las reducidas milicias que debían mantener el orden en varios ingenios de aquella enorme zona chaqueña, pues la indiada había declarado una huelga revolucionaria que adquirió contornos trágicos...

Morales empezó por organizar rondines y patrullas que recorrían periódicamente los centros de laboreo.

Pero la presencia de un nuevo jefe del ejército, en vez de imponer respeto a los indios, aumentó su furor, y los desmanes crecieron en número y gravedad...

IV

PASARON dos meses. Ernesto, antes paliducho y enclenque, empezó a mejorarse, lo que respiraba aire puro, a pulmón lleno. Pero se hizo díscolo y soberbio. A menudo la pobre Emilia llevaba sus quejas a Morales:

—Este muchacho no me obedece. Me va a matar a disgustos...

DIBUJO DE BIONDINI



Una noche, después de oír las quejas de su esposa, el capitán llamó a su hijo, para reprenderlo:

—Usted ya es un hombrecito, y debe empezar a ser más juicioso. Yo no vivo tranquilo, pensando que el día en que me muera, su pobre madre no va a tener quien vele por ella. A su edad, mocito, yo ya era trompa en el ejército de línea..., ya vestía el uniforme de los que sirven a la patria..., y era un ser útil a la sociedad...

Mas como viera que los ojos de Ernesto llenábanse de lágrimas, Morales cortó su admonición y trató de bromear con el muchacho:

—Bueno, amiguito; desde hoy es usted mi asistente. ¿Ha oído?... A ver: ¡Firme!... ¡Paso redoblado!... ¡Marrr!... Uno, dos, uno, dos...

En esto llamaron nerviosamente a la puerta. Era un chasque enviado desde el ingenio próximo. Habló unas palabras, en secreto, con el capitán; éste se puso lívido; ordenó que le ensillaran el caballo, ciñóse la espada, cargó la pistola con diez tiros, y se despidió de Emilia con un beso...

—¿Adónde vas? ¿Qué ocurre?

—Nada, mujer; tranquilízate... Voy hasta el ingenio vecino... No pasa nada grave...—Y aparentando serenidad, ordenó, sonriendo, a su hijo: —¡Ya lo sabe!... Usted es mi asistente, desde ahora... Le ordeno que cuide a su madre...

El muchacho, medio en broma, medio en serio, se cuadró militarmente, hizo la venia, y contestó:

—Vaya tranquilo, mi capitán. ¡Cumpliré su orden de cuidar a mi madre, aun a costa de mi vida!...

V

FUÉ una de esas luchas desesperadas, trágicas, en que un puñado de trabajadores blancos, fieles a sus amos, tuvieron que resistir, a fuerza de heroísmo, el tremendo empuje de la indiada, que devastó los sembradíos, incendió las viviendas y destruyó las máquinas de los ingenios.

El capitán Morales organizó la defensa. Los indios, intimidados, a pesar de su enorme superioridad numérica, se mantuvieron a distancia. Pero los del ingenio estaban sitiados y, tarde o temprano, tendrían que sucumbir... De pronto, por el camino de Barranqueras, vióse llegar un caballo lanzado en frenético galope. Sobre él venían un niño y una mujer, trémulos de espanto, con los ojos desmesuradamente abiertos y con las uñas clavadas en el lomo del corcel. Los jinetes rompieron la línea de los sitiadores, pasando por entre ellos como una exhalación. Pero, locos de rabia, los indios les hicieron varias descargas... Detrás de estos heroicos jinetes llegó un pelotón de soldados, que puso en fuga a los indios huelguistas. Cuando los jinetes llegaron ante el capitán Morales, éste no pudo contener un movimiento de asombro.

—¡Emilia! ¡Ernesto!...

Ayudó a desmontar a su mujer, que venía desmayada. El chico se tiró del caballo y, cuadrándose ante su padre, le dijo con voz apenas perceptible:

—Mi capitán: sospechando el peligro de ustedes, di aviso a los rondines que venían del pueblo. Y cumpliendo su orden, he salvado a mi madre. La indiada iba a atacar el ingenio...

Quiso llevar la mano derecha hasta la frente, para saludar como soldado... Un vómito de sangre le apagó la voz de su garganta, y cayó exánime...

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!...

Pero el muchacho ya no lo oía. Una bala le había atravesado un pulmón.

A lo lejos se oía el clamoreo de los indios... Y mientras los misteriosos pájaros de la selva chaqueña poblaban el ambiente de tétricos graznidos, el hijo de Morales se despedía del mundo con su mirada azul de muchachito bueno...

LA PAGINA DE LAS CURIOSIDADES

El cocodrilo era adorado por los antiguos egipcios porque no teniendo lengua, era el símbolo de la divinidad, que por su voluntad sola impone leyes a la naturaleza.

Los franceses adoraron piedras — dice Dulaure — varios siglos después de la introducción del cristianismo en el país. Atestiguan la existencia de ese culto diversas leyes civiles y religiosas.

Los murciélagos de América tropical atormentan de un modo particular a los animales cuya sangre chupan, venteando suavemente la herida con las alas. Lo peor es que, casi siempre pican en el mismo sitio, con lo cual se encona y agusana la herida, inutilizando la bestia para el trabajo. Los más grandes despedazan la carne, causando una herida de duración.

Los abipones se creen descendientes de las Pléyades y al llegar los períodos en que esa constelación desaparece del cielo de la América meridional, suponen que su antepasado está enfermo, y todos los años les asalta el temor de que muera; pero no bien vuelven a verse las siete estrellas en el mes de mayo, reciben a su ascendiente, como si tornase curado de su enfermedad, con alegres aclamaciones y al son de caramillos y trompetas, felicitándole por su restablecimiento.

En Samoa, suponen los naturales que los espíritus de los muertos reaparecen en forma de serpientes que pueden distinguirse del resto por ciertos indicios, tales como frecuentar las chozas, no comer ratones, ni atestiguar miedo a los hombres. Otras veces se reconoce que una serpiente representa a un hombre determinado por alguna señal particular, como una cicatriz, la falta de un ojo o algún otro punto de semejanza.

En tiempo de Catalina de Médicis era común sacar en cera la imagen de los enemigos, a fin de atormentarlos, quemando la figura a fuego lento y acribillándola con agujas.

Los couds de la India Central han mantenido hasta hace muy poco los sacrificios humanos. Se fijaba un poste en el suelo; ataban a la víctima sentada; la untaban con aceite y cúrcuma, la adornaban con flores y la adoraban durante todo el día. Al llegar la noche, hacían gran bullicio. La tercera mañana daban de beber leche a la ofrenda, y la llevaban luego al bosque, donde la mataban. Cada uno quería un trocito de la carne del mártir, y a los pocos momentos no quedaban sino los huesos.

El hombre de las edades primitivas consideraba como su enemigo mortal al frío; con ayuda de sus conocimientos ha sabido triunfar de los obstáculos que le oponía, y ahora sostiene la lucha contra el calor, lucha todavía más penosa y de éxito más dudoso.

La temperatura del Mediterráneo es diez grados más elevada que la del Atlántico; la evaporación es, pues, más activa en aquél, y sus aguas son, por consiguiente, más saladas que las del océano: son azules, y cuando llegan a tener gran profundidad, parecen verdes.

Los egipcios primitivos tenían supersticioso miedo al mar. Debe atribuirse tal cosa a la carencia de materiales con que tropezaban para proporcionarse una flota.

Sentarse trece a la mesa es signo fatal para muchas personas que se complican la existencia con infundados temores y ridículas creencias. El cálculo más sencillo nos dice que de trece personas de diferentes edades reunidas en hora determinada, es muy probable muera una en el año, sin que el número nada tenga que hacer en ello. Mediante una falsa interpretación se tomó tal probabilidad por ley y de aquí el error. Hay en París una sociedad de hombres de buen humor que comen siempre reunidos de a trece y en día viernes. No es mayor entre ellos la mortandad que en el resto de los habitantes.

Se ha observado que las pulgas y otros parásitos no atacan a las personas que están por morir, probablemente debido a la alteración de los fluidos subcutáneos del enfermo.

Los gitanos no vienen de Egipto, como generalmente se cree. La primera tribu procedió de Germania y emigró a Francia, donde fueron llamados Bohemios, denominación que aun conservan, indicando su paso de Bohemia a París, donde se vieron por primera vez en agosto de 1427. Extendiéronse por varios países. Expulsados de Egipto por los musulmanes, las mujeres zíngaras se dedicaron a la adivinación.

Se ha calculado que en todo el mundo se abre una fosa por segundo. Pero la natalidad supera a la desaparición de los hombres, puesto que vienen al mundo setenta niños por minuto, lo que mantiene el aumento constante de población.

Si una persona se pone a dormir al sol, despertará sudoroso y con gran malestar, que puede convertirse en seria enfermedad. En cambio, si trabaja durante el mismo tiempo en igual sitio, estará perfectamente. El fenómeno se debe a que los rayos solares producen abundancia de bilis, que el ejercicio vigoroso hace eliminar del organismo.

Las manchas de las uñas gozan entre el vulgo de facultades proféticas: así, las situadas al borde significan cosas pasadas, en el medio simbolizan lo presente, y en la base, lo porvenir. Las blancas presagian fortuna y las azuladas, desgracia. Es una de las tantas infundadas creencias, que la superstición perpetúa.

Cierto médico ha calculado que el cuerpo humano está sujeto a dos mil cuatrocientas enfermedades, contra las cuales lucha el hombre de continuo y es deber de la ciencia hallar remedio para ellas.

ENTRETENIMIENTOS GRAMATICALES

LOS BARBARISMOS

La contaminación, en cierto modo injustificable, originada por la no meditada lectura de obras o escritos en cuya redacción no se puso el debido cuidado, ha hecho que muchas personas cultas apelen al uso de voces bárbaras, sin pararse a considerar si en nuestra lengua existen o no palabras que las substituyan con ventaja, a más de ser expresiones netamente castizas.

Dejando a un lado los llamados italianismos, anglicismos y galicismos (verdadera plaga del castellano), que caen bajo la común denominación de "barbarismos", vamos a hablar de éstos en cuanto son palabras desfiguradas por el uso y ajenas, otras veces, a nuestro léxico; voces, en fin, bárbaras, que nada dicen, por mucho que se les quiera dar carta de ciudadanía española o americana.

Tomados al acaso, damos algunos barbarismos, no todos, para mostrar su inutilidad en el lenguaje castellano, en el que sobran palabras para expresar los conceptos que a aquéllos se les quiera atribuir.

Generalmente, oímos decir: *alguien* de los presentes; por ignorar que este pronombre indeterminado no puede usarse en frases partitivas. Debemos, entonces, decir: *alguno* de los presentes.

Del cabello de un niño, que es sedoso y rizado, se dice que lo tiene *blondo;* y blondo, en castellano, no significa otra cosa que *rubio.*

No hay *constancia* de tal cosa, escriben muchos, por no *consta* tal cosa; lo cual es inadmisible, pues *constancia* es, únicamente, la firmeza del ánimo.

A la *decalvación* del cráneo la llaman otros la *deglabración,* que es decir un disparate.

Fases son las de un planeta en su revolución o los cambios sucesivos de una enfermedad. De ahí que esté mal dicho: mirar un asunto bajo todas sus *fases,* por bajo todos sus *aspectos.*

Involucrar, en el sentido de envolver, implicar, introducir, está malísimamente empleado. Involucrar es *mezclar* en un discurso o escrito, asuntos extraños a él.

A una persona generosa, la llamamos, por ignorancia, *munificiente;* palabrota que es necesario substituir por el correcto *munífica,* española neta.

Al que tiene una *tienda* le dicen que tiene un *negocio.* Y *negocio* significa: tráfico, comercio. Ocupación, empleo, trabajo. Negociación. Por eso está bien dicho: ¿Cómo anda de *negocios?*

Ojear, que es mirar con atención, escudriñar, lo confunden los más con *aojar* — hacer mal de ojo. —Hay diferencia.

Rebarba, en vez de *rebaba,* es confundida por ignorancia u olvido de cómo se llama al resalto en la juntura de los objetos fundidos o al margen áspero del papel.

Y aquí viene un barbarismo de los de marca, usado entre nosotros, en forma alarmante. La forma reflexiva del pronombre personal de tercera persona, un dativo y acusativo, *se,* la cambiamos de sitio en la oración, diciendo, en vez de *se* me cayó el libro: me *se* cayó; *se* me perdió el pañuelo, me *se* perdió.

Sobre, preposición, también es usada arbitrariamente, en substitución de *además de. Sobre* ser *pobre,* le quitan el empleo; cuando lo correcto es decir: *además de que* es pobre, etc.

Soñar, verbo activo, es tomado como reflexivo, erróneamente: *soñarse* rico.

Menos mal que vamos substituyendo al *pachá* por *bajá,* al arcaico *llamado* por *llamamiento,* la *impudicia* por la *impudicicia,* pero nos quedan por desterrar *estridencia* y decir *estridor, cierne* en vez de *ciernes, adicto* en lugar de *sicario,* y, sobre todo, no confundir a las personas con los animales, escribiendo *embarque* por *embarco,* que debe usarse exclusivamente para las personas.

Como prueba de la inutilidad de este necio vicio de lenguaje, en el que tantos incurren, creemos que bastan y sobran los ejemplos apuntados. Es justo esperar, entonces, que estos y otros barbarismos sean evitados por quienes, en razón de su cultura, están obligados a escribir todo lo correctamente posible.

F. A. IRUROZQUI GARRO.

Los naturales de Guinea adoran a una hermosa y gran serpiente de naturaleza inofensiva. La conservan en casas sagradas o iglesias construídas a este fin en una espesura, y les sacrifican buena porción de cerdos, carneros, aves, cabras, etc., que, si no son devoradas por el reptil, es seguro que los aprovechan los sacerdotes y los fetícheros paganos.

Para los mandingos, el matrimonio es simplemente una forma convenida de esclavitud; marido y mujer jamás ríen ni bromean juntos. Creen los hombres que si tal hacen no podrían luego gobernar a sus compañeras, que se burlarían de ellos.

Cuando un hombre se casa en Corea, monta a caballo acompañado de sus amigos, y cabalgando por la ciudad, se detiene a la puerta de la casa de la novia, donde es recibido por los parientes; éstos, entonces, le llevan a la casa de él, y queda terminada la ceremonia.

Los negros de Egla tienen una muy original manera de consultar el destino. Separan diez y seis valvas de ostra agujereadas, y las tiran al aire. Si caen ocho del derecho y ocho del revés, es buena señal y viceversa; si caen todas con la parte cóncava hacia afuera, eso significa guerra.

Cuando los romanos sitiaban una ciudad, llevaban a efecto una curiosa ceremonia. Invocaban la divinidad tutelar de la ciudad, y la incitaban a hacer traición a sus amigos y adoradores, mediante recompensas y sacrificios.

Las tribus americanas eran muy afectas al baile. Cuando dos caciques mandaban embajadores, debían acercarse ejecutando danzas; la guerra se declaraba con danzas; con ellas se aplacaba la ira de los dioses, se lloraba a los muertos y festejaba a los vivos. Cuando una persona estaba indispuesta, se le prescribía un baile como el medio más eficaz para restablecer su salud y si no podía sufrir la fatiga de tal ejercicio, lo ejecutaba en su nombre el médico o mago, como si la virtud de su actividad pudiera transmitirse al paciente.

Los amuletos eran de uso general en Roma. — Llevaban los romanos, como tales, collares, brazaletes, diademas de metal o piedras preciosas, hierbas, raíces, etc. Algunas plantas recogidas en señalada época en los montes Cáucasos, eran las que mayor predilección gozaban. Si fracasaban en sus empresas, no culpaban a su amuleto de inutilidad, sino que creían haberse equivocado al prepararlo.

La creencia tan divulgada de que la sal derramada "trae desgracia" es de origen muy antigua. En el cuadro de la Cena, Leonardo de Vinci representa a Judas Iscariote en el instante de volcar un salero sobre la mesa donde Jesús reunió a los discípulos. Su intento fué señalar al traidor con un acto de fácil interpretación para los profanos. El origen de esta superstición se debe al carácter sagrado que la sal tenía en un principio, entrando en todas las prácticas religiosas.

Los malteses llevan siempre como talismán unas piedritas de color que recogen en su isla y que tienen forma de cabeza, lengua o cola de serpientes. Creen con ellas estar libres de la ponzoña de animales venenosos y de la mala suerte.

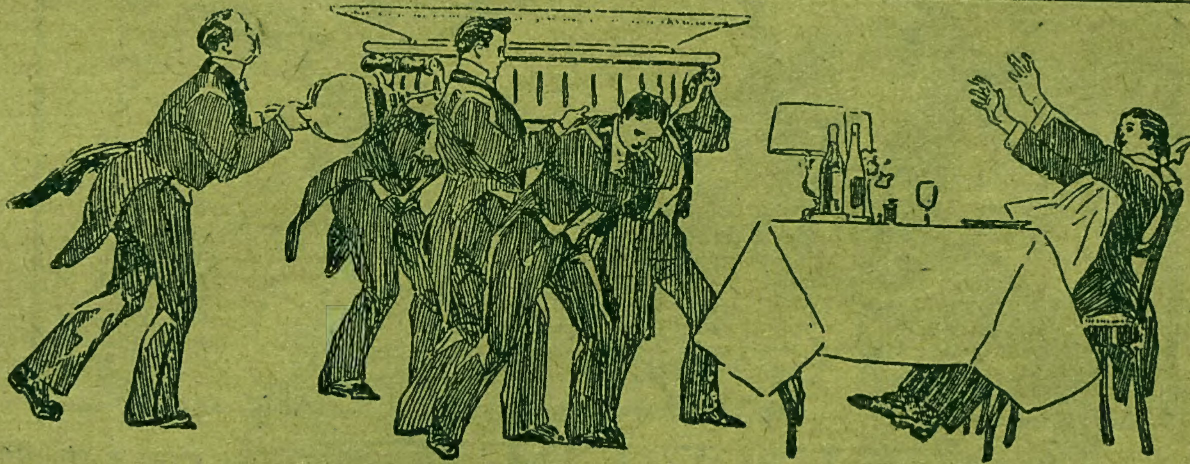
Las muertes causadas por las explosiones de gas en las minas de carbón, provienen de los vapores sofocantes desprendidos, más que del calor, de la violencia mecánica que las precede.

Es opinión equivocada creer se alejan las polillas con el olor de naftalina y de alcanfor. Toda precaución resulta inútil si no se encierran las ropas en papel de diario, herméticamente, o en su defecto se sacan al sol con frecuencia, se baten y cepillan con prolijidad.

CONSIDERACIONES SOBRE EL HAMBRE QUE LLEVA AL DELITO Y LA QUE LLEVA AL PROGRESO

CONVIENE ESTAR ALERTA CONTRA LA CRONICIDAD DEL HAMBRE Y LIBRARNOS DE PREJUICIOS SOBRE MATERIA ALIMENTICIA

VIVIR Y ACTUAR BAJO LOS IMPULSOS DEL HAMBRE Y NO DARSE CUENTA DE ELLO, ES COSA MÁS CORRIENTE DE LO QUE PARECE. — EL PROBLEMA DEL HAMBRE ESTÁ FATALMENTE LIGADO AL DE LA DELINCUENCIA, AL DOMICILIARIO Y AL DE LA INMIGRACIÓN



CIERTO eminente jurista español ha dado, en Buenos Aires, una conferencia sobre el hambre y sus consecuencias sociales. O, en otros términos, sobre el hambre en sus relaciones con el Código Civil y el Penal. ¡Lástima que no se acordara de hablar del hambre en sus relaciones con el Código de Comercio! Porque, en verdad, no hay, para explicar el hambre, origen y causas más claros que el comercio.

En ciudad de cosmopolitismo tan abigarrado y población tan densa como Buenos Aires, el problema del hambre se presenta con gravedad conmovedora y brutal. Hasta hoy, ante la racha de crímenes que nos consternan y desprestigian, todavía a nadie se le ha ocurrido preguntar qué proporciones alcanza el sector de influencia del hambre. Sin embargo, el problema es, para nuestra civilización, tan viejo, por lo menos, como aquel folletín melancólico y fluyente en que Víctor Hugo nos cuenta el caso dramático y desproporcionado de Jean Valjean.

Buenos Aires vuelve a padecer en nuestros días exceso de inmigración. Prescindamos de las ventajas que ese llegar de gente representa para nuestra potencialidad futura de nación. Y hecha la prescindencia ocupémonos en hablar del hambre. En la urbe cosmopolita y como ninguna otra multitudinaria, el hambre es cosa que se presenta con desconsoladora frecuencia y que rige, con más intensidad de lo que se cree, los actos de individuos y familias. Hasta podría decirse que la colectividad misma está, en gran parte, movida por las sugestiones del hambre.

Para los efectos sociales y de legislación, el hambre, como todas las dolencias atenuantes o impulsivas, debe dividirse en hambre aguda y hambre constante y casi siempre insensible para la víctima. Hay quien comete un crimen y cree que lo ha cometido impulsado por los celos o por el deseo de venganza. Falso: lo cometió por hambre. El hambre, en su forma de déficit orgánico, produce en sus víctimas un rudo desequilibrio nervioso que lleva al crimen o a la abulia. Cuando al crimen, el fin está en la cárcel; cuando a la abulia, el paradero es la mendicidad. Otras veces el hambre empuja al vicio, y por este camino conduce al crimen. El vicio, casi siempre es un expediente inventado por el hambre.

En los seres de fuerte dinamismo vital a quienes domina el deseo de vivir y cuyas condiciones de luchadores por la vida son acentuadas, el hambre, en su período crítico, produce desarreglos pasionales temibles. La subconciencia les dice que pueden ser casos de selección, y una fisiología exigente por lo combativa, indúceles a constreñir a la vida para que otorgue un máximo de estabilidad y rinda sus mejores posibilidades. Para tales individuos, el hambre es, pues, casi siempre, inspirador de crímenes. Para los débiles, poseedores de fisiología sumisa y a quienes el instinto enseña que tal vez nacieron derrotados, el hambre es padre del vicio y guía seguro hacia la miseria.

Cuando Turró pronuncia su célebre postulado: "el Hambre es origen del Conocimiento", no hay que creer que el hambre, como falta de alimentación o como imperioso déficit, es lo que empuja al hombre hasta conducirlo a los dominios de la razón confrontada. El hambre de Turró es la necesidad que el hombre tiene de comer para vivir. No es un hambre social en el que puedan ocuparse los códigos. Es el hambre biológica, hambre que llena la historia. A su lado, el Amor pone su encantadora y terrible influencia. Si por el Hambre nace el Conocimiento, seguramente por el Amor nace la Sensación. El Hambre de Turró no tiene, pues, nada que ver con el hambre que las leyes prevén y que atenacea a las ciudades policromadas por muchas razas y exprimidas por el afán de laboriosas multitudes.

Las estadísticas demuestran que, desde el momento en que Alemania comió bien, cuantitativa y cualitativamente, la delincuencia descendió. En la Alemania próspera y feliz de 1912, el número de criminales era reducidísimo. Cosa parecida ocurre en los países escandinavos, países que tienen algo de paradisíaco y algo de arcádico por la sencillez de las costumbres y el apacible giro de las pasiones. Ejemplo típico de las consecuencias del hambre es Alemania. A medida que la guerra la empobrece, a medida que la paz la sume en la miseria, la criminalidad sube y las pasiones excitadas de los hombres dan lugar a que surjan sociedades secretas y jefes misteriosos con ínfulas mesiánicas; sociedades y jefes que sueñan con implantar el reinado de la justicia o con llenar el mundo con la sangre de justas venganzas. Es el hambre que opera sobre las imaginaciones. Mientras Alemania no recupere su nivel alimenticio, no podrá coordinar una acción salvadora. Inglaterra, que conoce los más sutiles secretos de la política, ataca por hambre a sus enemigos.

Otro caso de hambre es Irlanda. Las estadísticas comprueban que la alimentación irlandesa siempre ha sido deficiente. Es el hambre la que organizó esas bandas terribles de sinfeinistas y la que acendró en los corazones el odio irreconciliable a Inglaterra y el frenesí maniático y sagrado por una Irlanda libre y republicana. Movidos siempre por el hambre, los irlandeses no luchan como el común de los mortales: luchan agotando los recursos de la imaginación, y en sus combates ponen ese colorido novelesco, ese relieve exacerbado que es propio de aquellos a quienes el déficit alimenticio colocó en algo así como estado de delirio.



Mientras más se prolonga, más cruel es una guerra. O, en otros términos: la ferocidad está en razón directa del hambre o en razón inversa de la cantidad de alimentos. No hablemos, ahora, de esas grandes hambres que, como las de la Edad Media y la última de Rusia, enloquecen pueblos y producen antropofagia. Lo que conviene estudiar, por ser fenómeno consuetudinario, es el hambre de las masas, el hambre de los que trabajan; el hambre de las mujeres en vías o en funciones de maternidad; el hambre de los niños; el hambre, vinculada a todos los problemas sociales, a todas las actividades, fuente del porvenir, motor del presente.

Comer bien es una de las cosas más difíciles y son pocos los pueblos que lo han conseguido. En Europa, Alemania era el pueblo que mejor comía. Sus médicos y sus políticos se preocuparon de enseñarle a la colectividad el arte de comer higiénicamente. Si el país de la gastronomía ha sido Francia, el de la bromatología siempre fué Alemania. Un bello plato se come en París; pero un buen plato, había que ir a buscarlo a Berlín. Hoy el pueblo que mejor come es Inglaterra. Los estadistas ingleses temen la desocupación obrera no tanto por sus consecuencias en la economía de las industrias, sino porque saben que un millón y medio de hombres que no comen bien es el peor peligro social. Tampoco se alimenta mal el pueblo francés de la postguerra; pero su nivel alimenticio es inferior al de Bélgica, Suiza, Holanda, Estados Unidos y los Países Escandinavos. España e Italia están lejos de comer bien. En la antigüedad, la Grecia ilustre de la decadencia no se ocupaba en alimentarse, mientras que en la Roma republicana patricios y plebeyos comían "homéricamente". Gracias a este modo adverbial, conviene que recordemos el magnífico apetito de los héroes de "Ilíada" y que Odiseo, destructor de ciudades, es, también, formidable devorador de bueyes.

A título de curiosidad, digamos que los israelitas no comen bien y se enorgullecen de su frugalidad. No sería raro que el hambre tuviese la culpa de que el pueblo de Jehová no haya podido persistir como nación. Porque lo primero que el hambre produce es la falla de la organización. Los que padecen de hambre son incapaces de organizar. Con déficit alimenticio, la inteligencia fracasa y domina la imaginación. Y con la imaginación nadie organiza.

Cuando se dice que un país come bien o come mal, no se habla, desde luego, de las posibilidades gastronómicas o bromatológicas de los ricos o de las que brindan, a base de cocinas extranjeras y de aplicaciones delicadas, los restaurantes: se habla de la cocina misma del país. Es decir: de la forma autóctona que para alimentarse tienen los habitantes. Desde tal punto de vista, el argentino, aunque es, acaso, el que mejor se alimenta en la América del Sur, se halla muy lejos de vivir bien alimentado. Padece de exceso de carne y no hay instituciones que le enseñen la distribución y aplicación de los diferentes elementos alimenticios. Como tampoco hay nadie que se ocupe en regular el mercado de víveres. Con un pueblo que está en la niñez de la alimentación y al que explotan venalmente los traficantes en alimentos, no es raro que el hambre constituya uno de los más inquietantes problemas bonaerenses.

Quizá el de menor gravedad es el caso agudo. No se presenta con frecuencia y, cuando se presenta, por lo general consigue solución inmediata. Grave es el crónico: el de la familia que sólo come un puchero al día, calentando, para la noche, los restos del almuerzo. Abunda en Buenos Aires el matrimonio con tres hijos: cinco personas cuya alimentación se reduce a dos kilos de mala carne, un kilo de pan débil, diez patatas, dos o tres hojas de repollo y un raquítico puñado de garbanzos. Como extra, unos tragos de leche que, mezclada con algo que se parece al café, constituye el desayuno. Todos los víveres enumerados no alcanzan nunca para cinco personas en el curso de veinticuatro horas, y sin embargo son miles los que así se alimentan en Buenos Aires. Esas personas sufren hambre crónica y viven y actúan bajo la influencia de esa cronicidad. De ahí el crimen; de ahí la estafa; de ahí la mendicidad. De ahí que ni los niños puedan aprender ni los maestros se hallen siempre en condiciones de enseñar.

Dime lo que comes y te diré quién eres. Este es un refrán que profesan los orientales. Toda la India y toda la China, los pueblos mahometanos y persas y egipcios legislaron sobre el hambre y cuidaron de su alimentación. En los viejos códigos de esas razas surgen a cada paso disposiciones sobre la alimentación popular, y reyes y guerreros, sarcedotes y jefes de casta se preocupan asiduamente de lo que comen sus subalternos. Hubo, en algunas regiones chinas, tiempo en que estaba prohibido comerciar con el pan. Los repartos de trigo o de harina son frecuentes en aquellos países. Estamos hablando de tales naciones cuando se encontraban en el esplendor. Y ¡quién sabe si, para explicar su decadencia, sea preciso hablar de su alimentación! ¡Quién sabe si, al superpoblarse, se infralimentaron y se produjo el desgaste de la raza!

Este problema de la superpoblación y la infralimentación se va presentando en Buenos Aires. Gracias a los inmigrantes, la mayoría de los cuales se queda aquí, ha surgido la cuestión domiciliaria y, como consecuencia, la cuestión alimenticia: todas las economías domésticas racionales enseñan que el hombre debe gastar en su techo la quinta parte de lo que gana. Hay economistas que aceptan el gasto de la cuarta parte: son los muy atrevidos. La tesis más aceptada es la que divide el presupuesto así: 20 % para la casa; 50 % para la comida; 30 % para gastos generales. Dentro de esta última partida figuran la ropa, las diversiones, el ahorro, las enfermedades. Pero cuando un traje cuesta doscientos pesos y una mala casa de tres habitaciones ciento ochenta, no hay presupuesto posible. Y entonces surge la disparatada economía porteña: 40 % para la casa; 30 % para la comida; 30 % para

(Continúa en la pág. 23)



EL PILLETE

RELATO DE ANTAÑO

POR

JUAN ROMULO FERNANDEZ

DIBUJOS DE BIONDINI

UN DÍA DE REYES

MINGO, aféresis de Domingo, fué así llamado por tradición de familia; pero su nombre de pila era Faustino Valentín. Era el hijo varón de don José Clemente y de doña Paula. A la época de este relato, contaba Mingo dos años y medio de edad, y estaba hecho el príncipe de la casa, celebrado en todos sus caprichos y monadas.

Muy temprano, todos los días, el chico se incorporaba en su camita, tan arrimada como hallábase a la de su madre, y se ponía a enredarle los cabellos, hasta lograr verla despierta; y aunque no solía ser excesivamente cargoso en sus bromas, aquel día se estaba propasando, movido por un vehemente deseo.

¿Qué deseaba el señor príncipe? El señor príncipe deseaba saber qué le habían traído los Reyes. Se había portado bien en el curso de esos días, y bien sabido se tenía que por eso los Reyes no iban a olvidarlo. En la noche anterior la mamá le había advertido, mientras le cantaba el "arrorró", que los Magos no entrarían en la casa, sino que pasarían de largo en sus camellos, reservando para otros chicos los juguetes de que van cargados, mientras él estuviese despierto. Y en Mingo habían trabajado dos sentimientos: la obediencia y la curiosidad; pero al fin se había dormido entre piruetas y refunfuños.

Siempre estaba el nene muy lindo por las mañanas. Sus ojos redondos y grandes parecían entonces dos luceros. Sus rizos en desorden remedaban, propiamente, una imaginación infantil. Su color encarnado completaba la impresión de aurora.

Así era Mingo; su mamá, sin embargo, no se habría conformado con este retrato, y si hubiese podido leerlo, habría dicho, sin duda, que su nene era mejor que todo eso.

Aquel día, 6 de enero, ella había hecho un mohín al despertar; pero al reconocer la mano del pillín, de angelical suavidad, había trocado ese gesto en sonrisa, venciendo la modorra propia de la mañana y de la estación estival. ¿Habrá, acaso, un despertar más dulce que ese despertar en que se unen, al modo de dos gotas de rocío en el cáliz de una flor, la inocencia del hijo y el afecto de la madre? He aquí el poema más hermoso de la vida.

Al vestirlo, el nene había exigido a la mamá que le pusiese el trajecito de salir.

—Con los zapatos viejos, mi hijito; y a la hora del paseo, le pondré los nuevos... Así estarán limpitos.

—¡Esos papatos vejos, no! — dijo haciendo un puchero.

—Con esa cara el nene no sale hoy a ninguna parte — reconvino la mamá.

—El nene quiere ir a paseo — agregó el mismo nene.

—Los nenes malos se quedan en casa con el perro.

—¡Con el "guá-guá", no!..., ¡con el "guá-guá", no!

—Y no vienen los Reyes a traerles juguetes, sino que viene el viejo a llevárselos.

¡Los juguetes!

Dócil otra vez, y cuando la mamá le hubo secado dos lágrimas con el ruedo de la camisita blanca, se dejó vestir con la indumentaria de todos los días y saltó de la cama y salió corriendo en busca del regalo.

Los Magos habían sido generosos: habían dejado por ahí varias cosas para Mingo y sus hermanitas. En la distribución, a Mingo le había tocado un rebenque y un cuaderno, y también unas monedas en el zapatito izquierdo. Las monedas eran más, pero como el zapatito estaba roto — porque el nene no era bastante cuidadoso de sus prendas de vestir, según decía la mamá,— se habían perdido algunas.

Mingo mostró preferencia por el cuaderno y se puso a hacer en él rayas y monos. La hermanita mayor, de marcadas aficiones por el dibujo, le pintó un niño, y le dijo:

—Este es un Minguito.

Luego, Minguito se puso a ensayar el rebenque, dando guascazos a las sillas, a los árboles, y cuando las hallaba a tiro, a las hermanas.

A la hora del almuerzo, el nene tomó asiento, antes que todos, en su sillita alta. Se sirvió su plato de sopa como una persona grande, y luego pidió el choclo y el postre; pero como la mamá le advirtiese que si no comía todo lo que se le sirviese se quedaría sin postre, Mingo realizó un esfuerzo, siguió comiendo, y así se ganó el dulce en buena ley.

Pasado el rigor de la siesta, la mamá salió de paseo con Mingo y la hermanita menor de éste. Fueron a visitar a una tía que siempre tenía patay, dulce de ciruelas, quesillos de leche de cabra, y algunas otras cosas buenas, con las que realizaba sus generosidades de campesina bien aviada. Ya de vuelta en la casa, Mingo, hablando con su papá, se hizo esta reflexión: "Son buenos los Reyes cuando los nenes se portan bien".

Otro detalle importante del paseo de Reyes: yendo Mingo, tomado de la mano de su mamá, al volver una esquina, tropezó (porque en la época de esta narración las esquinas no tenían ochava), tropezó con una señora que llevaba también un nene, bonito, y poco más o menos de su edad, y para llamar sobre éste la atención de su mamá y su hermanita, dijo:

—Ahí va un Minguito.

No puedo afirmar que hubiese por entonces en el lugarejo de esta historia quien sumergiera su espíritu en este grave problema de filosofía: ¿cuándo aparece el "yo" en el hombre o sea la conciencia de la personalidad humana?



—YO NO PUEDO DECIR MI TÍO FRAY PASCUAL...

LA CASA

ES la ciudad de San Juan el centro de uno de esos valles encajonados entre los contrafuertes andinos, elegido para tal asiento por los conquistadores del siglo XVI, en razón del aliciente que constituye el caudaloso río que atraviesa su suelo. La colonia había arraigado allí claros blasones, y se vivía más con el alma que con el cuerpo. Un día resonaron en los aleros patriarcales los clarines de la revolución. Extrañas emociones agitaron a aquellas gentes soñadoras, y el pregón de una nueva época, con sus palabras de libertad, de porvenir, de progreso, tuvieron allí todo el influjo de su magno significado. En San Juan la revolución del año 1810 fué solamente un fenómeno social, porque don Javier Jufré, último descendiente del fundador Juan Jufré, tuvo el raro tino de saber ponerse en ritmo con la corriente renovadora, y presidió el primer gobierno patrio, así como antes había ejercido autoridad en nombre de reyes lejanos; y el hecho de aprestarse desde luego la aldea para salir a pelear por la patria grande, cruzando montañas y mares, no fué sino superabundancia de idealismo.

Don José Clemente era en la pequeña ciudad un criollo de pura cepa. Romántico, tenía tal despego al trabajo material, que en él se cumplía aquello de que la pereza camina tan lentamente, que pronto es alcanzada por la miseria... Su imaginación, en cambio, era activa hasta lo febril.

Fué de los primeros en erguirse cuando sonaron los clarines de la emancipación, y habiendo tenido oportunidad, en uno de sus viajes de arriero de mulas, por el norte, de conocer al general Belgrano y de palpar las escaseces de sus tropas de comando, se había propuesto concurrir a remediarlas, y, al efecto, ya de regreso a sus lares, púsose a recolectar de casa en casa donativos en dinero y en efectos, de todo lo cual él mismo fuera comisionado para ir a entregar en destino.

Belgrano, otro romántico, con más corazón que cerebro, contramarchaba por intransitables desiertos, entristecido después de dos contrastes (Vilcapugio y Ayohuma), que si no eclipsaban sus glorias anteriores, es lo cierto que retardaron el triunfo definitivo de la independencia americana; contramarchaba, decía, a la sazón en que echaba pie a tierra el arriero del distante Cuyo. Nada sabemos nosotros—¡Dios sí lo sabe!,—a ciento y tantos años, de los afanes, de los sacrificios, de las angustias de aquellos tiempos. "Esas cuatro mulas cargadas y esta talega son para sus soldados, general"—fueron las palabras con que don José Clemente entregó la humilde ofrenda. Y el guerrero, estrechando aquella mano: "Esta inspiración—dijo—no ha podido tenerla sino un hijo de la patria",—y nada más, porque al pronunciar la última palabra la voz se le anudó en la garganta, en tanto que sus ojos se humedecían.

En efecto, don José Clemente había hecho por la patria lo que por sí mismo estaba muy lejos de hacer. A partir de aquel día, él hablaba en todas partes de la madre patria. "Los Patrias" fué desde entonces, por consenso general, la designación o apodo de él y de los suyos.

San Martín le tuvo, poco después, entre sus oficiales, y desde el campo mismo de Chacabuco, trepidantes aún las dianas de la victoria que anunciaban la libertad de Chile, el gran capitán dió el encargo al paisano sanjuanino de conducir a su tierra las banderas tomadas en la batalla a los tercios españoles.

Después de aquella culminación, don José Clemente creyó que se había eclipsado su estrella, porque la adversidad lo acosó de todos lados. Soñaba siempre, eso sí, con una escala de Jacob para su hijo, para aquel Mingo que iba ya cursando la escuela primaria y cuya inteligencia, al decir de los maestros, alboreaba con brillo excepcional. Al procurarle ante el ministro Rivadavia una beca para el Colegio de Ciencias Morales, una de esas becas creadas en la metrópoli porteña para los seis jóvenes más aventajados de cada provincia, decía: "...para que el tal mi hijo pueda ser útil a la América". A la América..., ¡qué facundia!

Siempre el padre tras del hijo, y el hijo, cual un Quijote niño, de un lado para otro, marcando su trayectoria con un chispazo aquí, con una diablura allá, corrieron largos años. Así un día, tras la acción del Pilar, en Mendoza, por rescatar su cachorro, prisionero éste de las turbas de Facundo, guerrilleándolas él solo con su fusil—Quijote en alma y cuerpo,—y caído a su vez prisionero, iba don José Clemente a ser fusilado. "Dos horas para prepararse a morir", había dicho el general riojano, con aquella terrible voz que hacía

estremecer a los que la escuchaban. Don José Clemente había comprado qué comer en la propia cantina del campamento, y, saciado su hambre, púsose a dormir a pierna tendida. Y Facundo, tan valiente y tan amigo de los valientes que presentaban el pecho a las balas sin hacer ascos, exigió al prisionero una suma y le perdonó la vida, en tanto que Mingo escapaba por otro lado.

Doña Paula, la mujer de don José Clemente, descendía de tronco árabe, y, cosa singular, en la casa era ella, esencialmente, la acción. Atendía a los menesteres domésticos, y casi todo el peso del hogar estaba sobre sus hombros, o, por mejor decir, sobre sus manos. Manos grandes las de aquella mujer, con igual delicadeza preparaban un dulce en almíbar que hilaban un "chuse", un poncho o un lienzo, y, nueva Penélope, mientras aguardaba a su marido no destejía de noche lo que tejía de sol a sol, sino que muchas veces destinaba las horas debidas al reposo, a duplicar el tamaño de su tela, tela que en el comercio de la aldea se transformaba en dinero contante y sonante, y tela, también, de la que había salido la casa de anchos muros levantada sobre un solar de treinta varas de frente por cuarenta de largo. ¡Tela sutil, transformada, vara por adobe, en pobre casita! Y, sin embargo, sólo espíritus distinguidos pueden apreciar la diferencia, en cuanto a calidad y duración, que hay entre las telas a mano y los géneros que salen de una fábrica, de pacotilla y mostrescos.

¡El telar! Está faltando el poeta que componga la balada del telar. Acumulador y distribuidor de voluntad y fuente de consuelos para tantos desvalidos de la fortuna, dijérase que esa máquina rudimentaria, anterior al silogismo de los atenienses y anterior, quizá, al arca del diluvio, ha devanado más corazones humanos que el dogma más esclarecido, porque a la vez que formaba la urdimbre de los hilos, iba acrisolando virtudes en el hogar.

Mientras doña Paula tejía, merodeaban a su alrededor pollos, pavos, gansos, un hermoso gato plomo que no permitía la existencia de una sola rata en toda la casa, y una urraca domesticada: era muy buena amiga de los animales útiles al hombre. "No mienta usted", "No se queje usted nunca", "Sea usted hombre": eran máximas sobre las cuales quería cimentar su familia doña Paula, mujer que sin duda en lo recóndito de su alma, pensaba también en gloriosos destinos para su descendencia, pero que no se exteriorizaba en desplantes, como que ella significaba el contrapeso de la realidad frente a aquel magín vagaroso del marido.

Mingo heredó del padre la fantasía y de la madre el espíritu práctico, y las cuatro hijas mujeres, de las cuales Procesa era la mayor y Rosario la menor, llegaron a ser artistas, maestras y obreras.

Otra persona había en la casa, y era la Toribia. Negra, criada en la familia, era todo un chiche. Aya de los párvulos, báculo de los adultos, ama de llaves, cocinera, lavandera, mandadera, comadre de todas las comadres de la señora, estaba ella en todo, como una providencia, sirviendo lo mismo para un fregado que para un barrido. Ordeñaba la vaca, barría los patios, echaba las gallinas, peinaba a las chicas, desherbaba la hortaliza, reñía a los vecinos por el agua del ramo para riego de la huerta, discutía con los tapiadores sobre el rendimiento del trabajo, negociaba la industria del telar y compraba los artículos de almacén, majaba el maíz, y tendía el descarozado, cebaba mate después de la siesta, amasaba por la noche para hornear el pan al alba siguiente, atendía alguna que otra visita y, Sancho con faldas, ensillaba a veces el caballo de su patrón; y, óigase bien... lo servido por lo comido. Tenía la Toribia una runfla de hijos, pues cada año pintaba con uno y a veces antes del año—"especie de vegetación natural de que no podía prescindir"—y la apodaban la *Zarigüeya*, porque, como este marsupial americano, siempre llevaba uno o dos ejemplares prendidos a las mamas y medio ocultos en una a modo de bolsa o refajo, por el estilo de esa que en zoología se llama marsupia. Por lo demás, la negra era una santa mujer.

TRAVESURAS

Al volver de la escuela, por las tardes, Mingo y las hermanas penetraban en la casa atropellándolo todo hasta dar con la Toribia, para que les repartiese el pan. Pero ésta no procedía al reparto mientras no se hallase reunida toda la gente menuda, ni más ni menos que cuando distribuía la ración de granza a los pollos después de haber congregado, a los gritos de *tiquitiquitiii*, toda la familia gallinácea. Canturreando, abría el cajón, un cajón de algarrobo con una tapa que pesaba como una lápida de piedra, y daba a cada niño un pan cuadrado y moreno, de harinilla, más sabroso que el auténtico maná de los hebreos. Sopar un trozo de pan en la olla del caldo, era poner una pica en Flandes; y, ¡ay! de quien fuese visto por la zamba, porque ella lo sacaba cortito, y rara vez escapaba a unos coscorrones de aquellos dedos que parecían hurgoneros.



LA OCASIÓN DE DESAFÍO SE PRESENTÓ MÁS PRONTO DE LO QUE PODÍA ESPERARSE.

Cierta tarde, Mingo comió solamente la mitad de su pan y se guardó por ahí la otra mitad. Puso luego a Rosarito de campana, haciendo que ésta distrajese a la negra con cualquier pretexto, y fuése él a la cocina, precisamente a la hora en que hervía el puchero y la gordura amarilleaba en la superficie. Por cierto que la táctica no había de servir dos veces, porque la Toribia, apercibida, los pilló al día siguiente con las manos en la masa, y, burla burlando, Rosarito salió de la emergencia como si la hubiese pelado un aprendiz de barbero en campaña, tal fué la tunda que cobró, mientras oía: "¡Por tapadera, por alcahueta!";hecho que después era celebrado por el trompeta de Mingo, quien, desconsideradamente, decía a su hermana: "¡qué escalerita, chica, para los insectos!", y a la Toribia, como a la hormiguita del maravedí: "si compro pan, se me ha de acabar; compraré salimán".

Rosarito, como persona menor de la familia, era la regalona de todos, Mingo, por supuesto, mostrábase muy chacotero con ella, pero sus chanzas solían tener puya.

Adolecía Rosarito de cierta dificultad vocal, agravada en ella por el temor de pronunciar peor... Una tarde le preguntó Mingo:

—¿Quién te regaló, Charito, ese rosario tan de rechipé, cuentas de nácar?

Y Rosarito respondió:

—Yo no "pedo" decir mi tío fray Pascual, sino mi tío fray Cuascual.

—Pero, cómo... Para decir que no puedes resulta que puedes. ¡Qué bicha es esta sobrina de fray..., ¿de fray cuánto, hermana?

—No ves que "me se" traba la "luenga"?

Ya en la mesa, ese día y muchos más, el taimado se aproximaba a su hermana y le soplaba:

—Yo no "pedo" decir mi tío fray Pascual, sino mi tío fray Cuascual..., porque se me traba la "luenga".

La pobre Rosarito, tan ingenua como era, se desquitaba sacándole la lengua al perspicuo.

Y luego la madre:

—¿Por qué no comes, Rosario?

Silencio general, y Mingo, más serio que una estatua.

—Domingo, come tú el plato de chanfaina que serví para Rosario.

—Sinvergüenza, "lardón', en el "infieño" te van a hacer así los diablos—solía decir después Rosarito al zumbón del hermano, desarrollando el ademán del picadero.

—Metaplasmo por transposición se llama metátesis—decía Mingo, con aire de dómine; y se ponía a hacer cabriolas.

Con un lacito corredizo, de crin, atado a la punta de una caña, Mingo cazaba lagartijas verdes, de esas que pululan entre las tapias y los yuyos en siestas calurosas, y las encerraba en un bolsillo del saco. Una vez le echó uno de esos reptiles en el seno a una chinita desjarretada que habitualmente iba a la casa a pedir tiras de trapos e hilos de colores. Cuando la chinita se dió cuenta de que el sigiloso manotón de Mingo había tenido en mira no otra cosa que encajonarle una lagartija, lanzó un grito atroz y fué preciso quitarle la bata para dar escape al saurio que se deslizaba entre cuero y trapos como en escurridera de alcuza.

Doña Sinforosa, una viuda desdentada, que tenía una habilidad: la de hacer ricas empanadas, trabajando a domicilio, y una gracia: la de vender una perrita de la cual nunca acababa de desprenderse, pensaba que nadie sabía de su vida y milagros. Al encontrarse, en cierta ocasión, con Mingo, aquélla ofreció a éste la perrita en venta. (La perrita era, realmente, una monada, si bien nunca estaba en paz con los gatos, lo mismo que ciertos hermanitos pendencieros que cualquiera ha visto por ahí.) Mingo conocía la maña de la lavandera—¡cómo podría la maña de una viuda, aunque sea cierto que tienen un punto más que el diablo, escapar a la sagacidad de Mingo!—y se propuso jugarle una mala pasada. Entregó, sin mayores regateos, a doña Sinfa, las monedas de que disponía, no más de un peso de ocho reales, y cargó con el animalejo. Llegado a su casa tomó una tijera y, ¡zas!, de un tijeretazo le cortó al ras una oreja. *Chaucha*, que tal era el nombre de la perrita, gritó más que un becerro; pero Mingo le hizo un ligero lavado con jabón amarillo y la dejó acurrucarse detrás de una cómoda.

A los dos o tres días ña Sinfa, de acuerdo con su costumbre de entrarse en las casas como el duende, sin llamar a la entrada, y dispuesta, sin duda, a llevarse a Chaucha tras de sí, del propio modo que el señuelo guía a la tropilla, apareció en el patio de la casa de Mingo. En seguida Chaucha fué a hacerle fiestas, meneando la cola y brincando. Ña Sinfa apuntó entonces a la calle, antes que su presencia fuese notada en la casa. Ya en camino, advirtió el adefesio.

—¡Chaucha pilona! — gruñó; y al punto giró sobre los talones, ni más ni menos que si la *choca* fuese todavía de su pertenencia.

Mingo se había trepado a la higuera del patio, dispuesto, según dijo, a farrear a ña Sinfa.

—Mozalbete, cajetilla...

—Vejarraca, bruja.

—¡El mandingo!

—Sufurosa... osa.

—¡Cortarle la oreja a la pobrecita!

—Ya que no se la cortan a usted, junto con las uñas.

—Yo te había de cortar... a vos... Y el pergenio le han de ver, teniendo tuavía la cáscara pegada...

—Vaya, ña, a ofrecerse para barredora municipal, con esa pollera que arrastra cuanto halla al paso.

—No hai de ser con lo tuyo, futre, que no alcanza pa dos.

—A cuenta, lo que hay a mano, ña Sinfa. A ver: alce un poco la pollera... van dos brevas *pachangas*... para que endulce la boquita.

Doña Sinforosa salió como alma que se lleva el diablo, no sin antes haberle hecho una castañetada de inteligencia a la Chaucha, y afirmándose el pañuelo atado a la cabeza: con una lechuza sobre el hombro, hubiese sido una bruja de arriba abajo.

A la media cuadra, todavía doña Sinforosa iba echando ajos, cebollas y serpientes.

Mingo salió a la puerta, le golpeó la boca (léase *se* y no *le*), y luego, riendo, contaba:

(Continúa en la pág. 26)

HOMBRES Y COSAS DEL "RING"



NO PUEDE EXISTIR EL DEPORTE DONDE NO HAY ESPIRITU DEPORTIVO

Por UPPER CUT

Veinte o más años siguiendo tan de cerca como me ha sido posible, valga el tiempo y la distancia, el desarrollo del pugilismo mundial; veinte o más años familiarizado "de visu" con los "rings" de los Estados Unidos, con los de Europa más tarde, y ahora con los de mi patria, me han llevado a conocer, como el que más, las cosas y los hombres del boxeo, y me han permitido llegar a la conclusión de que, así como para hacer un guiso de liebre, es menester tener... una liebre, para poseer un deporte, hay que contar con deportistas, y éstos no se hacen ni se improvisan en una decena de meses.

La Argentina no tendrá verdadero boxeo, aunque cuente con los mejores boxeadores del mundo, hasta tanto nuestro público no se eduque lo bastante como para asistir a esa clase de espectáculos después de haber dejado en casa, en la esquina o en el umbral del estadio, todos los prejuicios de razas, de pueblos, de barrio o de "patota". Mientras las gentes acudan al lado del "ring", no a ver triunfar al mejor hombre, que en eso debería basarse el catecismo de todo buen "sportsman", sino a ver ganar, valiéndose de cualquier medio, al pugilista de su nacionalidad, de su pueblo, de su barrio o de su amistad, el deporte del "box" no logrará arraigarse en nuestra población, sino en la más despreciable y menos deportiva de sus manifestaciones.

Estas líneas me han sido sugeridas por largas y concienzudas observaciones y lo que más me ha impulsado a escribirlas han sido los acontecimientos que tuvieron por escenario el "ring" de l'Aiglon, el sábado anterior en que se medían en un "match" a 10 "rounds", el argentino Scotto y el estadounidense Wálker.

Desde el primer sonido del "gong" anunciando el comienzo de la pelea, se evidenció en el público una hostilidad marcada hacia el extranjero. Wálker, desconocido, sin amigos, sin vinculaciones en nuestro medio, peleaba confiado en sus puños; Scotto, en cambio, por el mero hecho de ser argentino, tenía una buena parte del público a su favor, sin contar con el grupo de amigos y admiradores que formaban una "barra" agresiva, ruidosa, y exaltada.

Joh Wálker no es un santo, escapado de su hornacina y metido en el "ring". Como todo profesional hecho en "rings" americanos y europeos, posee una serie de mañas, ni peores ni mejores que las empleadas por Jack Johnson, Bob Fitzsimmons, Tom "Sailor" Sharkey, el mismo Jack Dempsey o Luis Angel Firpo, el día que éste llegue a dominar completamente el "ring" y sus secretos.

Wálker puso en práctica ciertas artimañas, como las que tratan de hacer, o hacen muy mal nuestros boxeadores. Si esos "tricks" del "ring" hubieran sido hechos por Scotto, las cosas habrían pasado como en el mejor de los mundos. Pero Wálker fué elegido por el público como víctima propiciatoria por ser extranjero, por no ser vecino de esta capital y por no concurrir al "match" con su correspondiente "barra", y fué pedida su cabeza, una cabeza motosa sobre una cara simpática.

Fué tal el tumulto que se produjo a raíz de la indignación de ese público que veía a Scotto, objeto de su simpatía, sangrando miserablemente, recurriendo a los clinches salvadores, y cayendo desventuradamente sobre la resbalosa lona, que el "réferee", que en otras ocasiones y de acuerdo con la tolerancia que es necesario tener en tales casos sólo hubiera amonestado las faltas de Wálker, producidas, más que nada, por la excitación de la pelea, dió el triunfo a Scotto, que en un "round" más hubiera sufrido una grave trituración de cara y estómago, tantos y tan fuertes eran los golpes que le aplicara su adversario.

Hubo que conformar al público, a un público sobreexcitado, que estaba dispuesto a proceder violentamente contra el adversario de su favorito, contra el jurado, contra el "réferee" y contra todo aquel que no declarase a pie juntillos, en alta voz y con la mano en el corazón: "Scotto es superior al negro, en juego, en "punch", en valor y en destreza".

A Wálker se le ha calificado, en esta misma página, de "golpeador de paquetes", por creerlo evidentemente superior a la mayoría de los hombres que tenemos en el país; "golpeador de paquetes", porque ni Quintana, con el cual hizo su debuto en los "rings" argentinos, ni Scotto, al cual golpeó como quiso la otra noche, son adversarios para él.

Wálker no tiene necesidad de recurrir a ninguna clase de "fouls" para imponerse a Scotto, ni existen antecedentes de que este extranjero sea hombre de sospechosos arreglos. De Scotto se puede pensar eso y mucho más. El que estas líneas escribe, lo vió actuar en la más cómica de las parodias hasta ahora llevadas al "ring": la noche célebre en que Scotto y Galtieri, en el Avellaneda Park, se "desmidieron" por el título de campeón argentino. Entraron en el "ring" calzando guantes de diez onzas, que les colgaban a los costados del cuerpo como dos grandes cachos de bananas. Se abrazaron, se espantaron los mosquitos, se dieron papirotazos en las rotas narices, y al final del séptimo "round", cuando se les ocurrió mirar afuera del "ring", ¡casi se desmayan! Estaban peleando casi solos. Gran parte del público, harto de la triste parodia, habíase ido, silenciosamente, como cuadra a espectadores de espectáculos de esta naturaleza.

En cuanto a lo ocurrido en el Púgil Club, con motivo de la suspensión del encuentro Méndez-Peyrade, no tiene nombre.

Necesitamos educar a la gente, hacer espectadores antes que boxeadores, si queremos que nuestro pugilismo se salve. Cuatro festivales realizados al amparo de la nueva ordenanza, y que terminan en cuatro magníficos desórdenes, es más que suficiente para admitir que nuestro pueblo, por su psicología, no está capacitado para comprender y apreciar la parte esencialmente deportiva del "box".

OTRO AFICIONADO QUE SE PROFESIONALIZA

D'AGOSTINO, varias veces campeón argentino y sudamericano, ha resuelto, entusiasmado con el espejismo de grandes "matches" y substanciosas bolsas, hacerse profesional. Ya se ha inscripto como tal, y se encuentra a la espera de alguna proposición que le convenga.

D'Agostino, a pesar de no haberse estrenado todavía como profesional, está dispuesto a hacer pesar en la balanza los títulos que como aficionado detenta, y ya ha comenzado por el procedimiento más práctico: exigir precios de bolsas verdaderamente fantásticos. Hay quienes aseguran que D'Agostino se aventuró a pedir, por una sola pelea, con determinado profesional, la linda suma de... ¡doce mil pesos!

Semejante exigencia podrá parecer absurda, pero no olvidemos que hay promotores dispuestos a hacerse millonarios con las trompadas que se propinan los peleadores. D'Agostino, que no necesita del boxeo para vivir, hace muy bien en exigir bolsas fabulosas. Lo principal es que encuentre quienes estén dispuestos a dárselas...

¿SE MEDIRÁ FIRPO CON HARRY WILLS?

James J. Johnston es uno de los "managers" más entusiastas de los Estados Unidos. Como todos los que se dedican a preparar hombres, su sueño dorado era el encontrar, descubrir, inventar o formar un pugilista capaz de vencer a Dempsey. A Johnston no lo guiaba ninguna enemistad o rencor contra el campeón del mundo, sino el deseo muy vehemente de hacerse rico. Para ello publicó en todos los diarios de la Unión avisos pidiendo "hombres jóvenes, dispuestos a ponerse los guantes y dar y recibir golpes, y que no fueran demasiado orgullosos para desdeñar el título de campeón mundial que él, Johnston, se comprometía a poner en sus manos."

El resultado de ese aviso fué tal que, en una vieja cochería de la calle 43ª donde Johnston había instalado un gimnasio, pronto se formó un plantel de más de treinta hombres jóvenes, ninguno de los cuales pesaba menos de ochenta y cinco kilos. Se dice que para elegirlos, el original Mr. Johnston los puso a todos juntos, les colocó guantes de seis onzas, y, a la voz de "¡Vamos!", se pegaron a más no poder. Fué tal la tremolina, que de los treinta hombres, sólo siete quedaron de pie. Los demás tuvieron que irse, por inútiles, por no poder resistir el castigo; el resto se quedó, soñando en vencer a Dempsey, mientras se curaban los magullones de esa tremenda aventura.

Después de ese extraño experimento, Johnston se resignó a no hallar un hombre que venciera a Dempsey y que lo enriqueciera a él. Ahora, después de haber conseguido la confianza y la firma de algunos serios capitalistas, se ha metido a promotor, y actualmente es el hombre que en Nueva York trata de imponerse como adversario del mismo Tex Rickard.

Johnston acaba de telegrafiar a Firpo ofreciéndole la substanciosa suma de doscientos mil dólares por un encuentro con el negro de Nueva Orleans, Harry Wills; encuentro que se realizaría el tres o el cuatro de julio de este año en el Yankee Stádium de Nueva York.

No se puede asegurar que Harry Wills acepte. Su "manager" Paddy Mullins es muy astuto, y lo que él quiere para su pupilo es un "match" con Dempsey. El negro, a pesar de la gran fama que le regala la prensa yanqui, acaso no sea tan bueno como lo pintan. Si se mide con Firpo y es vencido por éste, no podrá aspirar a un "match" con Dempsey. Si en vez de pelear con Firpo, en cuyo caso percibiría cien mil dólares, corriendo el riesgo de perder, combatiera con Dempsey, podría exigir una bolsa tres o cuatro veces mayor, y en caso de perder, todavía se le ofrecerían probabilidades de medirse con Firpo.

Como se ve, todo no es más que una serie de combinaciones, con el sólo fin de obtener el mayor número posible de dólares y de evitarse los riesgos que para las futuras actividades podrían causar una derrota a manos del "Toro salvaje de las pampas".



EDUARDO PEYRADE, QUE SE NEGÓ A MEDIRSE CON MÉNDEZ PORQUE NO LE PERMITIERON EL USO DE GUANTES DE CUATRO ONZAS

EL GRAN "MATCH" PEYRADE-HÉCTOR MÉNDEZ Y LA INCULTURA DEPORTIVA DEL PÚBLICO

Nuestro campeón sudamericano de peso medio mediano, el teniente Héctor Méndez, se ha propuesto adquirir la experiencia de un gran campeón, para que, en el caso de tener que defender los colores de la Argentina en las próximas Olimpíadas de París, haber adquirido todos los conocimientos necesarios del "ring". A esos efectos, ha decidido pelear todas las semanas. Está dispuesto a aceptar toda clase de desafíos, siempre que provengan de aficionados que prueben pertenecer a su categoría. Por lo demás, como el teniente Méndez se conserva continuamente en forma, quienes deseen medirse con él no tienen necesidad de esperar mucho tiempo. Es cuestión de unos cuatro o cinco días. Méndez, como podrá verse, es un caso único y admirable en todos los "rings" del mundo, pues los campeones, ya sean profesionales o aficionados, cuidan más de no arriesgar sus títulos, que de resfriarse.

Peyrade, que es uno de los hombres más fuertes en su categoría, desafió a Méndez. Éste, que acababa de darle un caballeresco desquite a Isidoro Rodríguez, el campeón uruguayo, aceptó el desafío que Peyrade le pidiera.

Se fijó para fecha de la pelea, la noche del domingo 20, en el "ring" del Púgil Club, y allí, ante un numeroso público de aficionados, atraídos por tan excelente combate, Méndez y Peyrade se presentaron admirablemente preparados. El primero a defender su prestigio ante un boxeador de grandes méritos y muy peligroso, el segundo dispuesto a conquistar la gloria de haber vencido a un campeón de campeones.

Una vez en el "ring", Peyrade, por intermedio de sus segundos, exigió que se usasen guantes de cuatro onzas. Tanto los segundos de Méndez, como los miembros de la Federación Argentina de Box, sostuvieron, muy razonablemente, que el reglamento de aficionados sólo permitía guantes de más de seis onzas. Peyrade, o quienes lo aconsejaron, no quiso ceder, demostrando así muy poco espíritu deportivo, y unas ansias inexplicables de hacer un combate de profesional, cuando sólo se trataba de un encuentro de aficionados.

Como se decidiera suspender esta pelea, por el malentendido entre los boxeadores, el público que ahora asiste a esa clase de espectáculos, y que, a decir verdad, no es el mismo de hace unos pocos meses, pues se trata en su mayoría de gente de ninguna cultura deportiva, decidió hacer lo que creía justo, es decir, atentar contra la propiedad y humanidad de los dueños del local, dirigentes del club, promotor y gallardas figuras de los pugilistas.

Arreciaron los gritos, recrudecieron los insultos; sobre el "ring" cayó un programa arrollado, en forma de bola, al cual siguieron cascotes, sillas, bancos, etc. El desorden fué descomunal. Intervino la policía. No se sabe si hubo contusos o algún k. o. entre el público.

La causa, además de la incultura deportiva de los espectadores, se debe en gran parte a la mala organización de este festival. En un artículo aparecido en esta página, *Upper Cut* se quejaba, y advertía a los empresarios, del peligro que corrían ciertos espectáculos organizados a base de un programa largo y malo, donde primaba la cantidad en detrimento de la calidad. Lo que aconteció en el Púgil Club no fué otra cosa. Las preliminares, a cargo de aficionados menos que mediocres, duraron hasta la 1 de la mañana. Cuando el público, cansado de tanto esperar, recibió la noticia de que la pelea Méndez-Peyrade no se realizaba, estalló en una violenta cólera. Estar sentado o de pie, cuatro o más horas, con la esperanza de ver un buen combate, y que lo suspendan a último momento, es algo más de lo que puede tolerar un público no educado aún a esta clase de deportes con vistas a la taquilla.

Es el cuarto festival que se realiza bajo el amparo de la nueva ordenanza y que termina en un gran escándalo. Cuando decimos que el boxeo, llevado a este punto tiene que fracasar por propia gravitación moral, ¡cómo será cuando entre de lleno en manos de profesionales!

MÁS TOLERANCIA PARA LOS NUEVOS "RÉFEREES"

Ultimamente, y debido al desarrollo que el "box" está tomando entre nuestros aficionados, ha sido menester, por la Federación Argentina de Box, el echar mano de alguno de sus delegados más entendidos en técnica pugilística para que haga de "réferee" en las preliminares y semifinales.

Se trata de gente joven, bien intencionada y no escasa de preparación, que se presta gustosa a desafiar la cólera de los energúmenos subiendo al "ring".

Creemos muy oportuna la disposición de la Federación Argentina de Box de ir formando, poco a poco, "réferees" competentes. Es, por lo tanto, deber de la prensa y de los buenos aficionados el estimularlos. Nadie nace sabiendo; y admitamos que los flamantes "réferees", para contar con una experiencia tan limitada, no se desempeñan nada mal. Hay otros que se han pasado la mitad de su vida haciendo de tercer hombre entre las cuerdas del "ring", y no hacen sino disparates.

EL SALVADOR

POR ALBRANÉ DE MALCERVELLI





JEREMÍAS Troncossi y Pinnichio era uno de esos individuos vulgares que aparentan ser siempre lo que nunca podrán ser. Tenía el bendito delirio de la aristocracia; esa era su principal preocupación. Desgraciadamente, su exiguo sueldo no le permitía llenar todas las necesidades personales como era su deseo; apenas si podía llevar brillante el deteriorado calzado; el cabello, aunque largo, bien peinado, y otras pequeñeces de poco valor pecuniario.

Tendría, en la época de este relato, veintiséis años; era de baja estatura, delgado y horriblemente feo, exento de sal y lleno de veneno. Sus ojos, obscuros y pequeños, estaban bastante escondidos, desde cuyo fondo se les veía bailar y brillar diabólicamente cuando algo anormal le sucedía; su frente era tan exigua como su sueldo; su nariz era tan grande como la de Bergerac, y caía un poco hacia abajo, en su terminación, como si estuviera avergonzada de su longitud; su boca—si a ella se le podía llamar tal,—anchísima, de labios gruesos, ocultaba sus dientes de color tan indefinido como su posición, y sólo se podía apreciar ese tajo abierto horizontalmente en plena cara cuando reía. ¡Oh!, su risa, que inspiraba temor, hacíale más feo. Su traje adquiría fulgores extraños a la luz de Febo, su descomunal cuello y, por último, su galerita color ratón infundía lástima a quien la mirara breves instantes, pues parecía tener cierta resignación de ser todavía útil a su dueño y de estar sometida a todas las variaciones meteorológicas, a pesar de su ancianidad.

Ambulaba por las calles de Flores, con su "porte distinguido", tratando de conquistar a cuanta mujer hallaba a su paso, pues, como todo tipo feo, tenía la manía de creerse irresistible. Y cuando, cansado de caminar, se encontraba con algún amigo, lo invitaba a "tomar algo"—cuyo gasto jamás él abonaba,—y allí se entretenía "inocentemente" en hacer desfilar por su mente y en tren de alacranería, hasta al más modesto de todos los empleados de la comuna. Estas charlatanerías habíanle costado bastante caro, pues en ciertas ocasiones un puño terriblemente ofensivo detenía su marcha, en forma brusca, sobre su apéndice nasal que, por un tiempo ostentaba, como un escudo de fieros piratas, la marca color rojo obscuro por efecto del golpe. Pero esto, en vez de ser correctivo, fué estímulo. Tal era Jeremías Troncossi y Pinnichio, por otro nombre Sastián.

TODO el mundo notaba que Jeremías, tiempo hacía, había cambiado considerablemente. Estaba más feo que de costumbre. Ya no inspiraba terror, ya no alacraneaba; buscaba sólo el silencio y la soledad. Era que el "terrible" don Juan amaba. El chiquilín Eros había traspasado su corazón violentamente. La mujer que afeaba a Sastián, y que le hacía botar el corazón como una pelota de goma, era nada menos que una encantadora rubia de ojos glaucos de mirar profundo, de andar pausado y rítmico, de sonrisa de ángel, capaz de convertir en poeta y filántropo al más usurero de todos los judíos que venden artículos a plazo fijo en la calle Libertad.

María Angélica, que así se llamaba la beldad, jamás había mirado con simpatía a su nuevo admirador, permaneciendo indiferente a las miradas lánguidas, como de caballo con dolor de estómago, que Jeremías le dirigía. Y el pobre mozo se afeaba más y más, con los largos plantones en la esquina del chalet de su Dulcinea, en la calle Fray Cayetano.

Muchas tardes, cuando ella salía con su sirvienta, la seguía él, lleno de emoción, contemplándola con angustiosa idiotez, hasta que la veía entrar en algún cinematógrafo de la calle Rivadavia. Entonces, sus ojillos bailaban con alegría. A pesar de que carecía por lo general de dinero, trataba, casi siempre con éxito, de tocar la fibra más sensitiva del portero, y entraba.

Una vez dentro, se sentaba a su lado y, amparado por la penumbra, se le declaraba, por centésima vez, en forma fogosa. Un silencio profundo, ceremonioso, un silencio de iglesia, era la contestación categórica de ella. La única que respondía con señas y sonrisas era la sirvienta, la pampita gorda, bizca y patizamba; señas y sonrisas que Sastián no comprendía, y que ella se esforzaba en hacerlas comprensibles.

Cuando terminaba la función, acompañábalas otra vez, siempre a respetable distancia, hasta su casa.

—Ya te venceré y te acordarás de mí—sentenciaba al pasar por la puerta donde segundos antes había desaparecido su amor.

UNA noche—debía ser una noche,—Sastián se fué a la calle Fray Cayetano, a hacerle por lo menos la competencia al buzón de la esquina o al poste del teléfono; iba algo contento, pues un vago presentimiento le indicaba aquella noche un posible triunfo. Una cuadra antes de llegar a su destino, notó, lleno de asombro, que una densa humareda—que nada tenía que ver con la "sfumata" del Vaticano,—salía de la mansión de María Angélica.

Los silbatos, gritos, corridas de vigilantes y curiosos, hiciéronle presumir algo grave, y detuvo, sin saber por qué, su marcha. Momentos después, el estridente toque de clarín de los bomberos confirmó su presunción.

—No hay más que hacer—se dijo;—eso es un incendio.—Y sin esperar más, echó a correr hacia él.

—¡María Angélica ha quedado adentro! ¡Está en el comedor!... ¡Sálvenla! ¡Sálvenla!—gritaba desaforadamente la vieja cocinera de la casa.

Jeremías llegó en ese momento. ¿Su amor en peligro de ser devorada por las llamas? ¡No; eso nunca! Antes perecerían los dos; y si lograba salvarla, ¿sería ella tan cruel que no aceptara su amor?

Resuelto a todo, entró en la casa, que ardía. Se le cayó la galera, y ni siquiera hizo ademán de recogerla. ¡Bah!, ¿para qué?... ¡Al fin y al cabo iba a salvar a ella!...

Por fortuna, le costó poco trabajo abrir la puerta del comedor. El humo hacía la atmósfera pesada y dejaba todo sumido en la obscuridad.

—¡María Angélica! ¡Angélica María! ¿Dónde estás, amor mío?

—Aquí estoy—respondióle una voz apenas perceptible.—Pero, ¿quién es mi salvador?

—¡Yo, Jeremías Troncossi y Pinnichio, tu esclavo, el hombre que por ti se muere!...—Y, mientras decía esto, tropezó, en la obscuridad, con el cuerpo que buscaba.

—Gracias, amor mío; Jeremías de mi alma.

Tomóla entre sus brazos, y relamiéndose de dicha, salió lo más presto posible de la casa.

Una vez en la calle, fué aclamado por los espectadores. La emoción hizo entonces que dos gruesas gotas corrieran por sus mejillas y encontraran refugio en el labio superior. Avanzó unos pasos más hacia la vereda de enfrente y un ¡oh! prolongado, funesto, como un llanto de can sin domicilio, heló la sangre de todos los presentes. Era el único sonido que había podido articular Sastián, al ver a su bella rubia que, pálida de emoción, miraba su casa ardiendo, a unos pasos de él.

Pálido como un diputado que habla por primera vez desde su banca, los cabellos de punta, sus ojos adquirían fulgores homicidas. Miró desafiante a su carga, que yacía en el suelo por efecto de la impresión, y entonces fué cuando lo comprendió todo. ¡Había salvado a la pampita patizamba!... En ese instante, volvía ésta en sí. Y parándose como pudo, se recostó sobre Sastián, que estaba inmóvil.

—¡Fuera!—gritó éste.—No es a usted a quien quiero, canalla. Yo amo a María Angélica, y ella está enterada de mi amor por mis actitudes y por mis cartas.

—Es que yo también me llamo María Angélica, como la niña. Y tus cartas nunca se las di a ella porque creía que eran para mí, pues jamás, al dármelas, me hablaste una palabra.—Y rompió a llorar...

Sastián, que ya había reaccionado, al darse cuenta que era objeto de las miradas de todos, echó a correr rápidamente, en dirección a la calle Rivadavia.

Desde entonces un buzón y un poste de teléfono de la calle Fray Cayetano, se quedaron sin competidor, y nadie volvió a ver a Jeremías Troncossi y Pinnichio.



LA SEGUÍA ÉL, LLENO DE EMOCIÓN...



...Y AMPARADO POR LA PENUMBRA SE LE DECLARABA...



DIBUJOS DE C. Díaz



SALIÓ LO MÁS PRESTO... ...RELAMIÉNDOSE DE DICHA

PAGINA AMENA



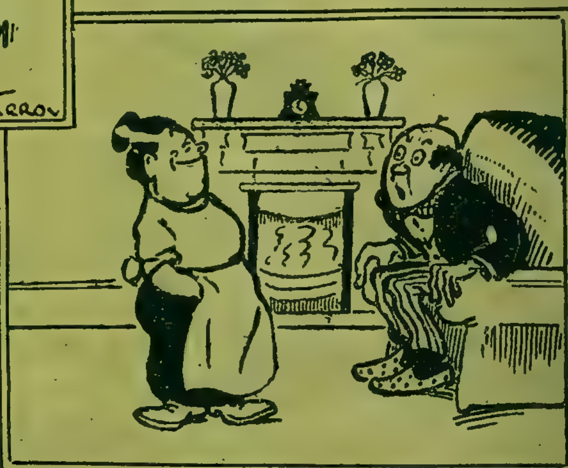
—¿Por qué llora tu hermanito?...
—Yo no sé, señor; pero será, seguramente, porque cuando usted se acercaba, le dije que venía el cuco.



—No lo olvido jamás, Homobono: hace treinta años, en este mismo banco, me dijiste la primera palabra de amor...
—La primera... y la última.



—He aumentado tres kilos.
—Ya me lo figuraba... Cada día me resultas más pesada.



—Su sordera, María, me está molestando mucho... La he llamado ya cuatro veces.
—Perdone, señor; han sido tres.



—¡Ay, qué horror!... ¡Y pensar que tú, Ernesto, desciendes del mono!



—¿Recuerda usted que me dijo que había cazado tigres en el este de Africa? Pues, según el capitán Rataplán me ha contado, no hay tigres por allí.
—¡Claro que no los hay!... ¡Es que yo los maté todos!



—¿Qué te recuerdo cada vez que me ves?
—Los cinco pesos que me debes.



—Señora, su perro mordió a mi chico.
—Bueno; que otro día el chico muerda al perro.





—Durante la guerra europea tomé mil prisioneros alemanes yo solo.
—¿Fué usted soldado, entonces?
—No, señor; los tomé en un grupo fotográfico.





—No hay nadie que entienda lo que escribes. ¿Por qué no procuras hacerlo mejor?
—Porque quiero ser médico, como mi papá.



—¿Qué se va a afeitar?



—Verdaderamente, estoy llorando inútilmente: no me oye nadie.





—Este burro que usted me vendió tiene un defecto: es tuerto.
—Eso no es un defecto.
—Y entonces, ¿qué es?
—Una desgracia.

LA SEMANA GRAFICA

MISCELANEA DE VARIAS PARTES



INGLATERRA.—Mister J. Ramsay Macdonald, jefe del partido laborista, quien considera que el embargo de bienes sería la única solución al problema de la desocupación y de la opresión financiera del país



El "leader" laborista paseándose por las calles de Londres



CAPITAL. — Señor Damián Reca, notable ajedrecista, que se ha adjudicado el triunfo en el torneo mayor de la Federación Argentina de Ajedrez



CAPITAL. — El intrépido nadador subteniente Luis J. Garramendy, que realizó la proeza de cruzar a nado el río de la Plata, tomando alimentos durante el "raid"



Garramendy, momentos antes de iniciar la prueba, llevada a cabo con el más feliz éxito

El distinguido "sportman" señor Guenther Weber, que fué nombrado profesor de natación de la Escuela Militar de San Martín





CÓRDOBA. — Dos fotografías de la llegada a esta ciudad de los revoltosos de Canals, que se apoderaron de la comisaría y cometieron otros atentados que alarmaron a los habitantes de dicho pueblo y sus alrededores

FOTOS DE "CENTRAL PRESS", LOUZÁN Y TERNENGO

RESULTADOS DE LA GRAN CARRERA DE LAS "XII HORAS"





Ernesto Blanco, que ganó la Copa España, cubriendo las diez vueltas en 9 horas, 54 minutos, 36 segundos

Antonio Gaudino, ganador de la gran carrera, estableciendo el "record" mundial con 910 kilómetros





Largada de la carrera de motocicletas. En primer término aparece Mateo Zacarías, que sufrió un accidente a los 200 metros de la partida



Los vencedores de la categoría motosidecars, Pedro Perelló y Martín Oliver, con 805 kilómetros, en plena carrera

DISPUTADA CON GRAN EXITO EN EL CIRCUITO DE MORON





Gaudino, doblando un recodo durante el desarrollo de la carrera

El corredor Blanco, que tuvo que abandonar la prueba después de adjudicarse la Copa España, refrescándose en uno de los intervalos





Parte del inmenso público que presenció la clásica prueba motociclística



Uno de los competidores refrigerándose, mientras le surten de nafta el tanque



M. Villaveirán, efectuando una reparación en la máquina

FOTOS LOUZÁN

EL GRAN PARQUE NACIONAL DEL SUR:

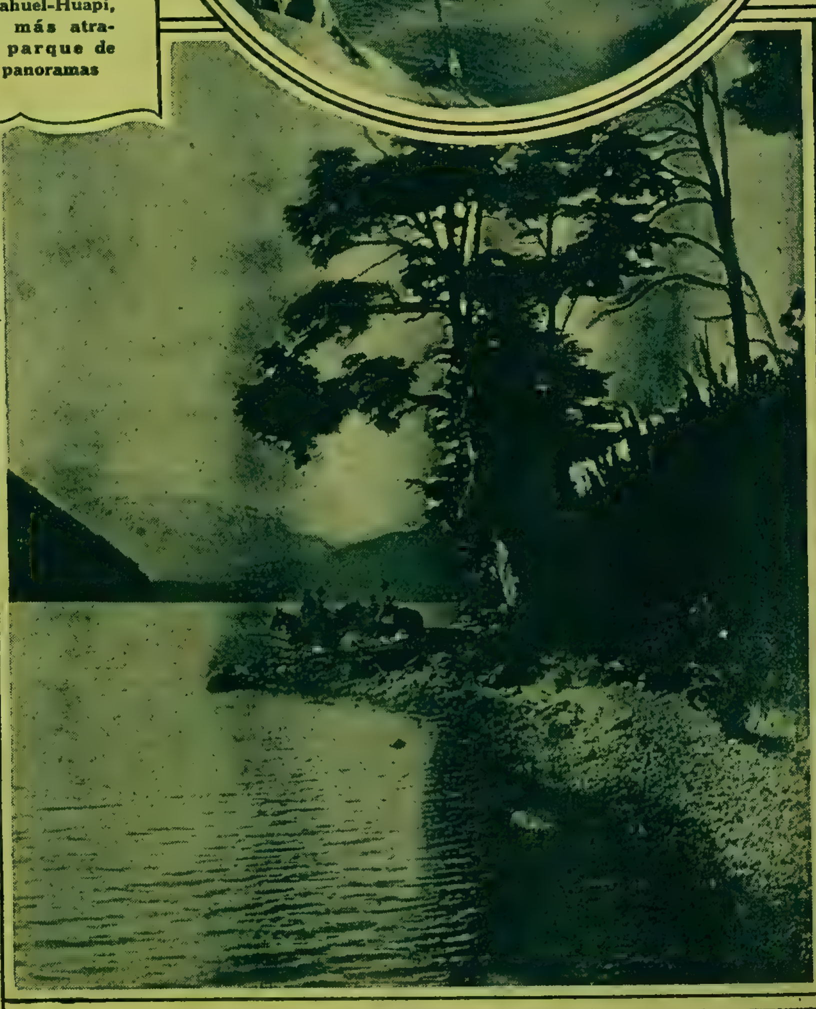


Desde Bariloche—en cinco horas de vaporcito—se recorre Playa Bonita, Puerto Moreno, Isla Huemul, Las Gaviotas y Sábana. Todo el paisaje tiene la amenidad de este atrayente rincón de Huemul

Dos días de recorrido en vapor bastan para apreciar las maravillas del Nahuel-Huapí, la belleza más atrayente del parque de los mil panoramas



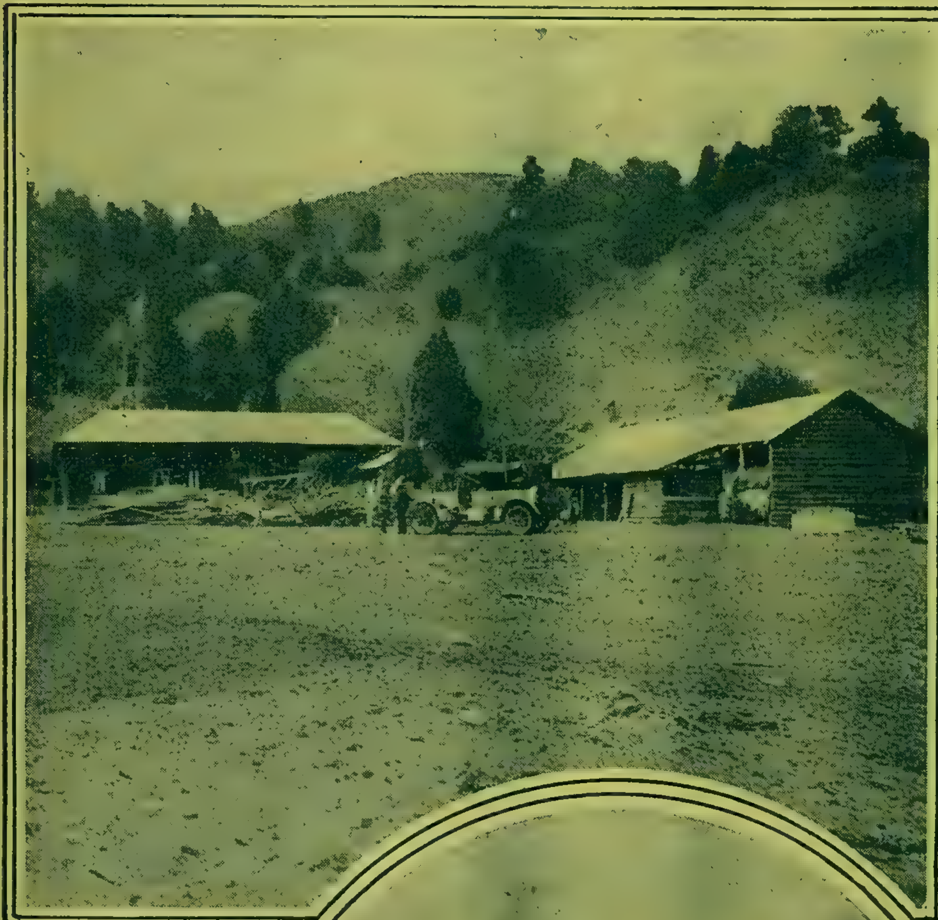
El río Limay lleva las aguas del gran lago a través de la llanura patagónica, en un generoso deseo de anticipar la fecundización de sus futuros pobladores



Cuanto más se avanza hacia la cordillera, más son los senos y remansos del Nahuel-Huapí. Reina en ellos la serenidad e imponen silencio sus enormes peñascos guardianes

(Ver el texto correspondiente a estas fotografías en la página 8)

LAGOS, CASCADAS, SELVAS Y MONTAÑAS



Al pie del monte Ottoshöe, en los alrededores de Bariloche



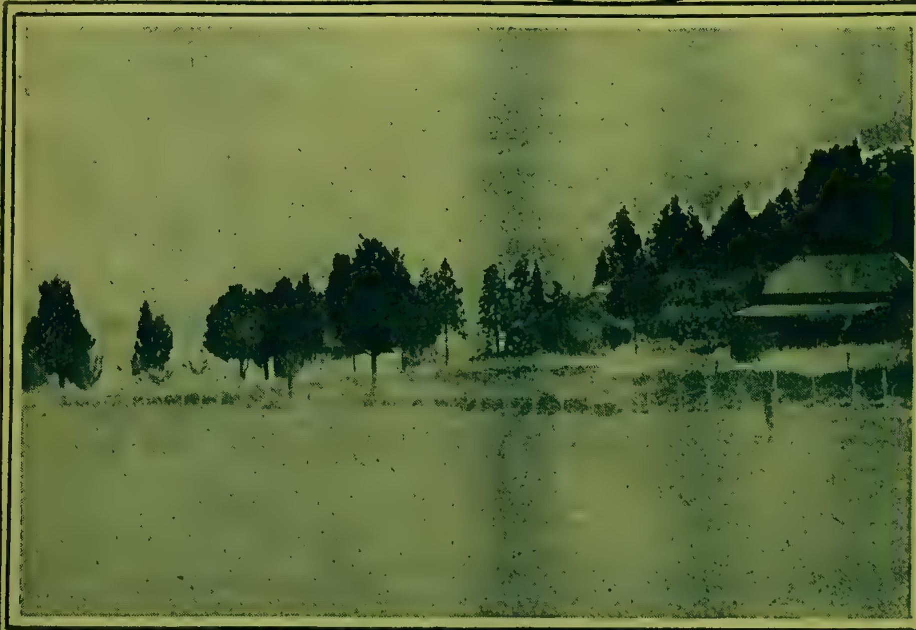
Abandonando el Nahuel, la caravana halla lagos y más lagos, como grandes espejos engarzados en montañas o selvas



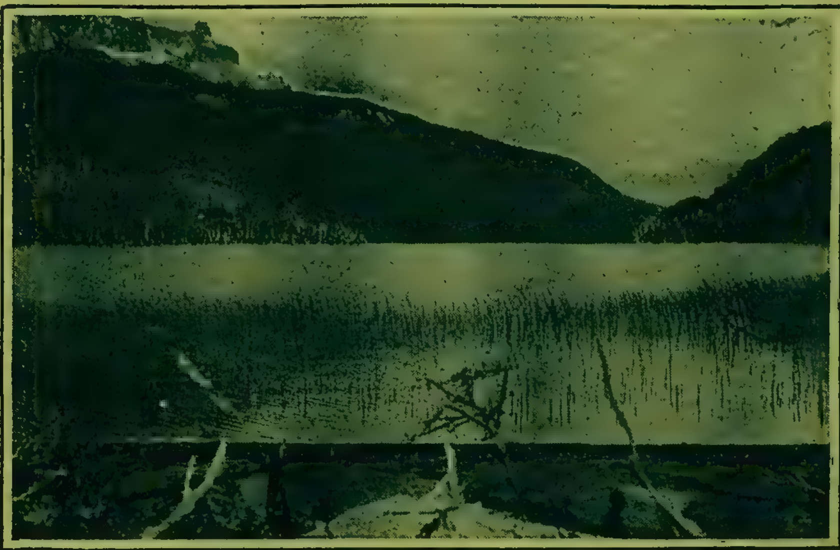
Las praderas de la isla Victoria guardan el tesoro de las flores más diversas y más llamativas



Desde Bariloche al Cerro de los Leones (17 kilómetros), en busca de la famosa caverna y de las terribles fieras que la habitan, los turistas han resuelto acampar largamente



Invierno. Nieva sobre los lagos. Los obscuros cipreses que rodean la solitaria vivienda, pronto serán amortajados como las cumbres lejanas



Entre la Península de Llao-Llao y la orilla. Cercanamente se inaugurará un hotel para turistas, propiedad y administración del Estado

FOTOS DE RENÉ BOUBIET

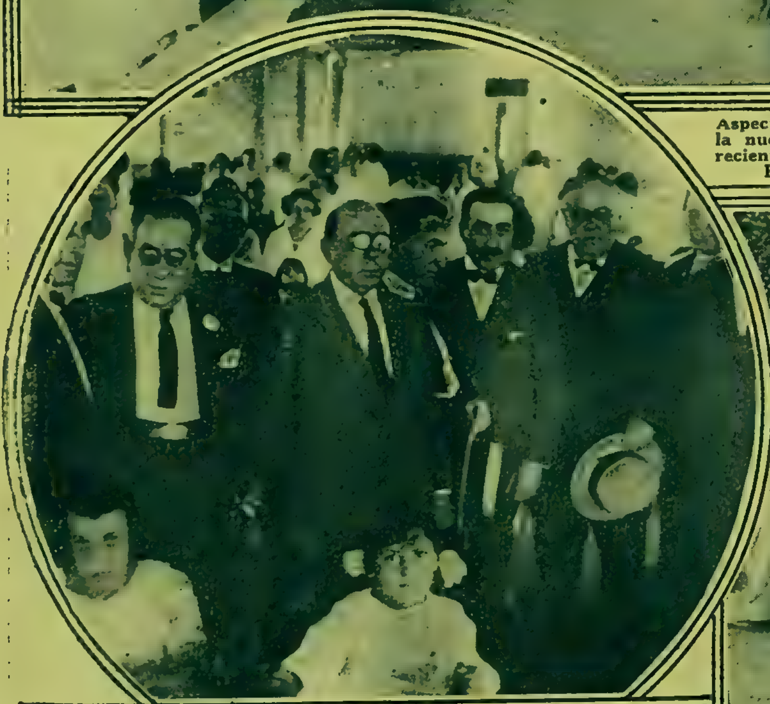
LA NUEVA COLONIA DE VACACIONES PARA NIÑOS DEBILES



Aspecto que ofrece el comedor de la nueva colonia de vacaciones recientemente inaugurada en el Parque de los Patricios



Niños entregados a las expansiones propias de la edad, en los amplios paseos del Jardín Zoológico del Sur, donde funciona la colonia.



Grupo de autoridades, funcionarios municipales e invitados a la inauguración





Un momento del recreo, aprovechado para la enseñanza de diversos juegos

Libres de preocupaciones, los espíritus infantiles se entregan al placer de sus diversiones, lo que constituye un bálsamo para el mejor desarrollo de sus organismos

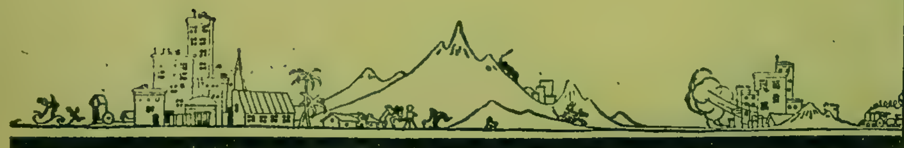
FOTOS SUÑÉ

FRENTE A LA PANTALLA

Emocionante escena de la película "Las maravillas del norte", cuya acción tiene por escenario un pintoresco rincón de las regiones polares



Uno de los hermosos paisajes de que tanto abunda el referido "film"





Momento interesante del "film" "La famosa señora Fair"

NOTAS VARIAS DE CORDOBA Y ROSARIO



CÓRDOBA.—Llegada a esta ciudad del diputado al parlamento italiano señor Innocenzo Cappa, quien dió una interesante conferencia sobre "El turismo en Italia y el momento actual de la vida europea"



ROSARIO.—La sala del Círculo Italiano durante una de las conferencias dadas por el delegado del Touring Club Italiano, diputado Cappa



CÓRDOBA.—Cabecera de la mesa en el banquete dado por el cónsul de Italia en esta ciudad, en honor del señor Cappa



ROSARIO.—Cristián Berger, ganador de la carrera de 100 kilómetros, organizada por el Club Ciclista de Rosario



Los ciclistas, doblando un recodo. Al frente del pelotón va el ganador, señor Berger, que cubrió la distancia en 3 horas, 28 minutos, 1 segundo y 2/5



Los competidores, en el momento de ser largada la carrera

FOTOS DE ARENA Y MARTÍN

Influencia del serrucho en la vida pública

POR MONO SABIO

ACABAMOS de asistir a una audición de serrucho, patrocinada por un orfeón de Caballito y a la que fué invitado especialmente el doctor Alvear. Después de este concierto original, hemos salido a la calle completamente desconcertados.

Sólo ahora nos hemos dado cuenta de la enorme trascendencia que este instrumento — en apariencia insignificante y plebeyo, pero, en el fondo, mejor dicho, en el sonido, filarmónico, — tiene en el destino de los árboles, de los hombres y de la sociedad.

Acaso no se haya registrado en la historia de la humanidad un caso semejante al del serrucho. Instrumento roedor por excelencia, cuya única misión era la de cortar el corazón de los árboles y algunas veces también el de los huesos humanos, se ha elevado de golpe y porrazo a los más encumbrados dominios del arte musical. ¿Quién se iba a imaginar que desde el humilde y obscuro taller de carpintería o desde el impresionante gabinete de cirugía, el serrucho iba a disputar al violín el reino de las fusas? Sin embargo, el serrucho ha hecho esa proeza artística sin renegar de su origen y de sus funciones artesanas, lo que no deja de ser altamente encomiable y democrático en estos tiempos de revolución social, en que las suicidio. En cambio, vemos un serrucho, y en seguida nos acordamos de nuestro hogar y nos dan ganas de llorar. ¿Por qué? Porque el serrucho ha contribuído a la formación de nuestra casa, confeccionando los muebles del dormitorio, el comedor y la sala.

La influencia del serrucho en la vida pública es innegable, ya que ésta no es sino un reflejo de la vida privada. El doctor Alvear, que es un hombre de mundo y de sociedad, bien lo sabe, y por eso no excusa su persona en los festivales donde deba actuar aquél. La intervención del serrucho en la política es igualmente eficaz. Un corte oportuno allá donde fastidia un gobernador o se presenta una demasía opositora, mantiene el equilibrio entre gobernantes y gobernados. Nadie ignora que todo el secreto del éxito del doctor Irigoyen ha sido el manejo hábil del serrucho presidencial más formidable que se ha conocido, que no ha dejado parte alguna del organismo político sin su correspondiente intervención.

Por último, este instrumento hasta ayer menospreciado, es un educador de primer orden: suaviza el carácter de los hombres.

Después de una audición de serrucho, todos nos ponemos sentimentales y magnánimos. Dijérase que una ola de piedad y ternura nos invade al escuchar los lamentos del más lamentable de los instrumentos musicales. Olvidamos los agravios y nos abrazamos tiernamente. Las mismas disidencias políticas, tan enconadas e irreducibles, desaparecen fácilmente. ¿Qué espectáculo más reconfortante para la fraternidad humana que el abrazo hidalgo entre un cura obeso y un socialista esquilmado, a los sones quejumbrosos de un serrucho radical?



mucamas se transforman en tonadilleras y las tonadilleras en estrellas.

El serrucho es un instrumento simbólico. Es la imagen de la vida que pasa cortando ilusiones y arrancando lamentos. ¿Nunca habéis escuchado un concierto de serrucho? Es un lamento intenso, prolongado, que se apaga suave, blandamente, como un suspiro escapado del alma misteriosa del arte. Dijérase que se queja amargamente de su destino de cortar y siempre cortar. Sin duda, es el instrumento que da más corte. Lleno de dobleces y resonancias, sólo es sensible a los golpes, como una mala mujer. Y, cosa curiosa: él, que siempre está enseñando sus blancos dientes y que por eso debía de estar más predispuesto a la alegría que al pesar, es triste, profundamente triste, al contrario de las chicas que llevan la dentadura completa y bien cuidada, que siempre sonríen. ¡Paradojas de la vida!

Por su destino dual, artístico y artesano, el serrucho nos recuerda esos pianos antiguos, que tan pronto servían de mesa para cenar, como de instrumento musical para bailar después de la cena. Además, es el único que posee una "hoja de servicio" que lo acredita para el trabajo honesto. Cuando se cansa de la farra, se va derecho al taller. ¿Qué otro instrumento es capaz de ese heroísmo? Su sola presencia nos evoca la labor perseverante del trabajo. Los demás inspiran ideas disipadas o criminales. Vemos un bandoneón, y nos dan ganas de bailar un tango. Nos encontramos con una guitarra, y el gaucho malo surge en nuestra memoria. Tropezamos con un fonógrafo, y en las células cerebrales se despierta la idea del homicidio. Escuchamos un piano de conservatorio, y estamos a dos pasos del

Si todos los hombres y también las mujeres—somos feministas — anduvieran siempre armados de un serrucho, no se perpetrarían tantos crímenes y, más que todo, se realizarían más bodas, porque los lamentos del serrucho abren y ablandan los corazones más duros.

—Cuando veo un serrucho—nos decía una amiguita maestra — me emociono tanto, que me dan ganas de llorar de ternura.

Moraleja: No hay duda de que vivimos en el siglo del serrucho; pero, ¿qué cosa mejor se puede hacer?

Entre preferir las patas de Rico, las manos de Firpo, el plesiosaurio de Onelli o las audiciones radiotelefónicas, nos quedamos con el serrucho. Éste, al menos, tiene la función dual de los políticos. Si se cansa de dar corte, lo acomodamos como si fuera un violín, le propinamos un ligero golpe en la espalda—igual al que damos al amigo a quien vamos a pechar,—doblamos la hoja y comienza a regalar nuestros oídos con sus lamentos de mendigo vitalicio....

Y concluída la audición, cuando ya hemos quedado completamente adormecidos, vuelta a serruchar o, lo que es lo mismo, a trabajar como cualquier elector socialista. ¿Qué programa mejor se puede pedir?

DIB. DE GINSO

MACANITAS

POR **JOSÉ Mª SIERRA**

DIBUJOS DE VÍCTOR MACAYA



COSAS RARAS DE LA VIDA

Margarita, gentil, joven, discreta,
mujer de una hermosura prodigiosa,
modelo de virtudes, candorosa,
confirmando la frase del poeta:
"¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!",
no fué nunca dichosa.
Pudo serlo en sus años infantiles,
mas, pasaron para ella brevemente,
pues, apenas contando quince abriles,
se sintió enamorada de repente
de un joven elegante, de buen tono,
de cabeza vacía
y en el cual era el nombre una herejía:
se llamaba Homobono
y era lo único bueno que tenía.
Jugador, haragán, necio, borracho,
vicioso, mujeriego empedernido,
Homobono era, en fin, para marido
una alhaja el muchacho.

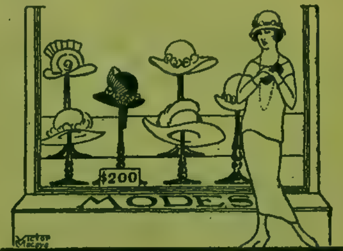
Veinte años de casada
pasó siendo una mártir Margarita,
sufriendo mil penurias, resignada,
y hasta golpes también la pobrecita.

Homobono, por fin, tuvo uno de esos
rasgos incomparables. Cierta noche
resolvió suicidarse y en un coche
se levantó la tapa de los sesos.

Yo, que disfruto con la dicha ajena,
gocé cuando vi rota la cadena
de una boda maldita,
y al ver a Margarita ya sin pena,
alegre, le fuí a dar la enhorabuena.
¡Mas, la encontré llorando a Margarita
como una Magdalena!

GASTO INÚTIL

La señora de Severo,
que es amante (como todas)
de lo que cuesta dinero,
vió en cierta casa de modas
un elegante sombrero.
Era un "modelo importado
y único en la capital"
(anunciaban), por lo cual
estaba justificado
que costase un dineral.
A la antojadiza Rosa
(que es el nombre de la esposa
de Severo), cuando vió
tapadera tan hermosa,
¡es claro!, se le antojó.



La copa, el ala, el color,
los adornos... ¡Qué elegante!
¡Y todo de lo mejor!
Era, en fin, encantador
por detrás y por delante.
¡Ah, qué bien le sentaría!
¡Ay, si quisiera Severo
comprárselo, qué alegría!
¡Y la envidia que tendría
su cuñada del sombrero!...
¿Que costaba mucho? ¡Claro!
Mas, lo bueno nunca es caro.
¿Sería suyo? ¡Qué suerte!
¿Renunciar, porque era un raro
su marido? ¡Antes la muerte!

Y haciendo estas reflexiones,
discurriendo la manera
de que Severo cediera
como en otras ocasiones,
se alejó de la vidriera.

. . . .

Fué tanta su habilidad,
que, al fin, el pobre Severo
perdió su severidad
y a su muy cara mitad
le compró el caro sombrero.

. . . .

Después de contarme toda
la historia, ayer me decía
Severo: "La mujer mía,
con su sombrero de moda,
está loca de alegría."

Y yo, lleno de extrañeza,
cometí la ligereza
de preguntarle a Severo:
"¿De qué le sirve el sombrero
si ha perdido la cabeza?"



EL PROBLEMA DE LA LOTERIA

LA lotería siempre presenta algún problema. Cuando no es el agio de los billetes, es la distribución de las decenas. Conocidas son las medidas que acaba de tomar la administración para suprimir el agio. Pero la distribución de las decenas con arreglo a esas medidas, ha levantado protestas. Resultaría que el agio ha sido suprimido en la Capital Federal, pero no en el interior. Mientras modestos agencieros habrían quedado sin conseguir decenas, sucedería que los grandes empresarios acapararían muchas, y las revenderían con premio en el interior de la república.

Consideramos que el juego de la lotería es el menos nocivo. El juego, en sí mismo, no tiene nada malo. Sólo a partir del punto en que empieza a ser una profesión o un vicio es que se pone en pugna con la moral y con los intereses de la sociedad. Si nadie jugara sino de vez en cuando uno que otro boleto a las carreras, a nadie se le oiría hablar contra ellas. Y la lotería puede llamarse el juego de los que no son jugadores. No pertenecemos, pues, al número de los que, quizá por antipatía al espíritu religioso de las instituciones a cuyo sostenimiento ella contribuye, exageran su inmoralidad y sus peligros sociales. Pero tampoco se puede negar que también la lotería causa estragos, y, en una palabra, que no es una institución precisamente satisfactoria. Su mantenimiento debe ser, al menos, a condición de que la distribución y venta de las decenas no ofrezcan margen a ningún negocio criticable. De otro modo, esto debería ser suficiente motivo para suprimirla. Si de ella derivan menos inconvenientes, además de los que por naturaleza le son propios, la lotería se coloca fuera de las condiciones en que su tolerancia es posible.

Como nuestros lectores comprenderán sin necesidad de argumentación, es absurdo creer que no haya ningún medio para impedir que la distribución y venta de la lotería se lleve al cabo en una forma irreprochable. MUNDO ARGENTINO indicó varias veces uno entre muchos. La venta de la lotería podría estar exclusivamente a cargo de las oficinas de correos y de las sucursales de los bancos del estado.

Hay muchos y muy considerables intereses vinculados a la venta de la lotería, y a eso debe atribuirse la tolerancia con el agio, que duró tantos años, y la dificultad en dar a las cosas una solución radical. Pero no es posible que la lotería respete esos intereses, so pena de marcarse con un nuevo estigma. Si la lotería sirve para que prosperen intereses particulares en perjuicio del público, y aun, aunque más no sea, para favorecer a la parte más fuerte de esos intereses, en perjuicio de la más débil, entonces es necesario unirse a las voces que desde hace mucho piden su supresión.

Es humillante para el país que la prensa tenga tan a menudo que hablar del agio y de la distribución y venta de la lotería como de una cuestión casi a la par de la carestía de las subsistencias. Esto, con más las carreras, las quinielas y los garitos, produce el efecto de que somos un pueblo en que el juego es una actividad normal como el trabajo.

La solución que indicamos, de que la venta de la lotería se haga por intermedio de las oficinas de correos y de las sucursales bancarias del Estado, puede no ser la única, y declaramos que no tenemos especial preferencia por ella. Lo importante es que se suprima en toda la república el agio de la lotería, y que deje de haber intereses particulares vinculados a su venta. Pero estamos convencidos de la conveniencia de esa solución. ¿Cuántos no son, en toda la república, los locales afectados a la venta de lotería? ¿Cuántas no son las personas distraídas en esta ocupación? ¿Cuánto no suman los capitales absorbidos por la compraventa de lotería y que podrían estar dedicados a más útil comercio? La compraventa de lotería, tal como se ha hecho hasta ahora, y aun como se continuará haciendo, ocupa espacio edificado y esteriliza energías y capitales. Todo eso desaparecería efectuando la venta por medio de las oficinas de correo y las sucursales bancarias del Estado.

Esperemos que por fin el gobierno nacional y la administración de la lotería, se impongan de la necesidad de concluir de una vez y para siempre con ese ridículo y lamentable problema de la venta de los billetes. En un país serio no se conciben problemas de esa clase.



CHIQUILLADA

—Diga, Genoveva: esta tarde, cuando venga el vigilante, ¿me deja que me siente en sus rodillas el primero?

LA PAGINA DE LOS LECTORES

¿CUAL SERÍA MI MAYOR FELICIDAD?

Mi mayor y única felicidad consistiría que mi vecino de casa no me hiciera tantos desprecios. — LA CHICA DE 24 PRIMAVERAS.

Mi mayor felicidad sería unirme para siempre con la morocha de ojos verdes, que tan constante y fielmente me espera. — MANCHE.

Mi felicidad consiste en un joven rubio de ojos celestes que conocí en el Subterráneo. — CHICA DE OJOS VERDES.

Mi mayor felicidad sería poseer el corazón de una morocha, que con su dulce mirada y su cara sonriente se hizo acreedora a mi cariño. — MOROCHO.

Mi mayor felicidad sería saber la causa que alejó de mi lado a aquel que yo quise como a nadie. — 20-12-1922.

Mi mayor felicidad consistiría en ser correspondido por una simpática rubia de 27 abriles y regular estatura, muy amante de las flores, y cuya belleza, simpatía y condiciones morales han cautivado mi corazón. — J. U. G.

Mi mayor felicidad la constituye la chica que durante el tiempo de la exposición me hizo sufrir demasiado, aniquilándome, y a quien yo le perdonaría con toda mi alma su ingratitud, porque la amo con delirio. — VICENTITO.

Mi mayor felicidad consistiría en ser amado por esa morocha que me tiene loco de pasión. — CHARATA.

Mi mayor felicidad consistiría en poder volver a ver al simpático morocho que con sus atrayentes palabras hizo conmover mi tierno corazón. Viste traje gris. — MOROCHITA DE LENTES.

Mi mayor felicidad sería ser amado por un joven que deteste el baile, el alcohol, el tabaco, las malas compañías, el juego y todo aquello que los "hombres" de hoy poseen, y que creyendo ser grandes hombres son todo lo contrario. — LA MUJER IDEAL.

Mi única y más grande felicidad sería ser correspondido por una simpática rubia que veo todos los días. ¡Si pudiera transmitirle mi pensamiento y decirle cuánto la amo! — PROFESIONAL QUE SUFRE EN EL BALCÓN.

Mi mayor felicidad sería ser correspondido por una chica rubia que amo en silencio y viste de luto. — EL VECINO DEL TRAJE A RAYAS.

Mi mayor y única felicidad sería formar un hogar feliz con quien ha de ser mi fiel compañera I... — UNO QUE SUFRE.

Mi mayor felicidad sería poder hablar de nuevo con el joven que dijo quererme y que por una insignificancia dejamos de vernos. — 17 DE MARZO DE 1923.

¿Mi mayor felicidad? Poseer el amor de una simpática rubia de la que en compañía de unos amigos tuve la dicha de conocer un domingo. — MOROCHO DE TRAJE MARRÓN.

Mi mayor felicidad la constituye una hermosa chica villaroense. — RUBIO.

Mi mayor felicidad sería que la rubia de ojos verde mar, que amo con todas las fuerzas de mi corazón, me correspondiera del mismo modo.—MECÁNICO DE LENTES.

Hacemos saber a los colaboradores de esta sección que no será tenida en cuenta ninguna colaboración personal que se nos remita, desde que esta página no fué creada para mantener correspondencia amorosa entre los lectores, sino para que éstos puedan expresar en sus columnas cuáles son sus ideales, sus aspiraciones y qué puede constituir la felicidad de una persona.

¿CUAL ES EN MI CONCEPTO LA MUJER IDEAL?

Mi ideal es una romántica chica morocha de 24 abriles. Ella, con su dulce mirar, cautivó mi corazón. — UN TÍMIDO, DE MONJE.

Mi ideal de mujer es una simpática morocha, alta, muy elegante, que viste de luto. — MOROCHO CAMPANENSE.

El ideal que mi mente se ha forjado es una simpática morocha. — ADÁN DE LA PLATA.

El ideal que mi mente se ha forjado es una simpática rubiecita que viste de gris. La conocí una noche. ¿Sabrá quién soy? — MÚSICO ROMÁNTICO.

¿Mi ideal? Lo constituye una adorable criatura, elegante, candorosa, de cutis blanco, pelo castaño, regular altura y poseedora de unos ojazos que, ¡Dios de Dios!, fulminan, carbonizan. —TÍMIDO VICENTELOPENSE.

Mi ideal es una simpática rubia de ojos azules, cabello rubio, tez blanca y regular estatura. — G. A. S.

Mi ideal es una lindísima morocha, gordita, de tez blanca y tersa, de ojos negros encantadores y de mirada dulce y soñadora. ¡Ah! Viste de azul. — UN ABOGADO QUE SUFRE.

El ideal que mi mente se ha forjado es una simpática gordita que viste de luto. ¡Si posara su vista en estas líneas!... — UN MOROCHO LOCAMENTE ENAMORADO.

Mi ideal lo constituye una morochita de melena y de hermosos ojos, cuya mirada cautivó mi corazón. — UN RUBIO DE TRAJE AZUL.

Mi ideal lo constituye una linda jovencita de ojos y cabellos castaños, en la cual he depositado todo mi sincero cariño. — LUIS.

Mi ideal lo constituye una simpática rubiecita, a la que amo desde el primer día que la vi. — UN RUBIECITO FUENTENSE.

Mi mujer ideal sería una rubia de ojos celestes, de 27 a 28 años, que sea amante de la música y del baile, pero que no sea romántica. — RUBIO DE CERRITO.

Mi ideal soñado ya lo encontré. Lo constituye una linda y simpática rubia de ojos grandes y soñadores, y que a pesar de quererla yo con un cariño entrañable no soy correspondido. — PORTERO ENAMORADO.

¿Mi ideal?
Una simpática joven de regular belleza.
Sana de cuerpo y espíritu.
Carácter alegre y bastante firme, como para serme fiel durante diez años.
¡Pobrecita! Sería absurdo pretender más constancia en una mujer.
De espíritu emprendedor, aseada, como también buena cocinera.
Y, por último, que le agrade la música. — CEFERINO.

Mi ideal soñado lo constituye una simpática ñata de ojos soñadores, que con sus miradas supo cautivar mi joven corazón. — MARINO SINCERO.

Mi ideal lo constituye un simpático chico de regular estatura, de cabello negro, que tiene veinte abriles.—ELENITA.



LA CHINA

Una de las grandes preocupaciones de la China republicana es adaptarse a la civilización occidental. Procura formarse la joven república un ejército digno de su potencia. Tropieza con grandes dificultades debido a que China no ha sido desde hace mucho tiempo una nación guerrera. Sus tropas estaban formadas exclusivamente con mercenarios que procedían de los centros más relajados de la población.







LA UTILIDAD DE LOS MICROBIOS

Mucho mal se ha dicho de los microbios. No obstante la humanidad les debe también algunos beneficios. No es el menor la ayuda que le prestan para combatir una de las grandes plagas de la agricultura: la langosta.

Ciertos microbios la exterminan rápidamente y no será difícil que la ciencia los emplee para combatir el flagelo agrícola.



LA CASA DE LA MUERTE

POR **ALFREDO R. BUFANO**

DIBUJO DE BIONDINI



"CE qu'on dit de soi-même est toujours poésie", dijo Renan el austero; y Benjamín Toborga, aquel muchacho bueno y triste, de ingenio dilectísimo y privilegiado espíritu, que cruzó entre nosotros dejando una estela imborrable, hizo suya la frase en el final del intenso breviario que llamó "la otra Arcadia".

¡Verdad enorme aquella! Todo lo que es de uno, nada más que de uno, cobra, si lo decimos a los demás, contornos de poesía. Pero, ¿interesa a todos? ¡Quizá!

Todos tenemos, todos guardamos en un rincón de nuestro espíritu el libro amable de las cosas pasadas, y es, en realidad, uno de los más hondos placeres abrirlo de vez en cuando para hojear sus páginas amarillentas y emocionarnos una vez más en la vida, recordando lo vivido.

Entre mis recuerdos más arraigados y remotos, hay uno que no lograré jamás borrarlo de mi retina. En lugar de hacerse vago con el andar del tiempo, se hace cada vez más vivo, y creo que me acompañará para siempre, como el recuerdo de la salamandra de que nos habla Benvenuto Cellini.

Era yo niño. Tenía apenas seis años. Vivía con mi familia en un pequeño pueblo de la Italia meridional. Uno de aquellos pueblos vetustos que rememoran a la orilla del mar su pasado de gloria y leyenda.

Sus casonas enormes, sus callejuelas obscuras, sus montes y sus bosques, contribuían a darle un aspecto rarísimo.

Había en el pueblo una casa apartada, casi en las afueras, de la que se decían cosas extrañas, entre ellas, la de que a ciertas horas del día y de la noche podía verse, tras de las grandes ventanas, a la Muerte vestida de caballero medioeval. De ahí por qué los del lugar dieron en llamarla, con aire misterioso y sugestivo, "La casa de la muerte", y, según los mismos, el hombre que la habitó, príncipe de otras edades, había sido asesinado en forma que no se supo jamás, y que, desde entonces, un fantasma horrible se paseaba por los desiertos salones de la casa, en traje de caballero romántico.

Nadie habitaba ya el antiguo caserón, pues ningún hombre, por valiente que fuera, se atrevía a hacerlo, temiendo las iras de la implacable ánima en pena.

Recuerdo nítidamente, como si no hubiesen pasado desde entonces muchos años, que una mañana de invierno, en que la nieve cubría los caminos desolados, iba yo con mi madre, de la que jamás me separaba, camino de la campiña.

Marchábamos a pasos lentos bajo la lluvia de nieve finísima. El sendero se hacía pesado.

De pronto, mi madre su detuvo, y con su dulcísima voz, rompió el silencio diciéndome:

—¿Ves aquella casa, pequeño? — Y señaló con la mano.

—Sí—respondíle.

—Pues es "la casa de la muerte".

Yo me estremecí de espanto, y, todo tembloroso, imploré:

—¡Volvamos!

—No podemos torcer camino; tenemos que pasar junto a ella por fuerza; es tarde. — Y notando mi indecisión temblorosa, agregó:—No temas; con no mirar...

Pero yo tenía los ojos fijos en la casa, a la que nos acercábamos.

Era grande, de color indefinido, de enormes portones y altas ventanas semiocultas por pinos escuetos.

—¡Apresuremos el paso!—murmuró la voz querida.

Yo quería volar.

Llegamos. Instintivamente, me fuí acercando a mi madre y oprimiendo cada vez más su mano.

Un miedo infinito me invadía, pero no podía apartar los ojos de las ventanas.

Y allí, detrás de los cristales, entre las ramas del quejumbroso pinar, mis ojos atónitos de niño vieron a la Muerte, horrible en su rigidez, cubierta de una capa escarlata y con un enorme sombrero de pluma. Estaba allí, inmutable, espantosa.

Yo quise gritar, pero me fué imposible, y eché a correr, tirando de la mano materna.

— ¿Por qué corres? — preguntóme, asombrada, mi madre.

—¡Allí está!... ¿No la ves?

—¡Ah, tontuelo!

Yo volví a mirar; y allí seguía aún, pálida y horripilante con su pintoresca indumentaria romántica, mientras la nieve seguía llenando de blancura las ramas de los viejos pinares y la angustia inquietante del sendero...



...IBA YO CON MI MADRE, DE LA QUE JAMÁS ME SEPARABA, CAMINO DE LA CAMPIÑA

POLITICA Y SANGRE

En la provincia de Buenos Aires han ocurrido últimamente numerosos sucesos sangrientos motivados por la política. Algunos de ellos fueron de fatales consecuencias, pero, aunque no lo hubieran sido, esto no atenuaría la gravedad de las cosas.

La simple condenación de esos hechos a poco o nada conduce. ¿Quién ignora que son condenables? Mejor es atraer la atención de los militantes de la política sobre la fuente de donde derivan.

Entre nosotros se practica poco y mal el respeto por la persona y las opiniones del adversario político. Se denigra, se insulta, y hasta se calumnia, desde todas las tribunas: la tribuna periodística, la tribuna popular, la tribuna parlamentaria. Más de una vez hemos asistido, asombrados, a "meetings" en que el orador, después de haber reivindicado para su partido el honor de ser el más genuino representante de la cultura política, se desata en soeces improperios contra el adversario, sobre todo si éste es el más temible de sus rivales. Fuera de su partido, todo es infamia, mentira, robo, ignorancia, inmoralidad, crimen, barbarie, simulación y vicio. Quien siembra estos vientos — y unos más, otros menos, todos los siembran — por fuerza han de cosechar tempestades.

Con esto no queremos hacer precisamente el elogio de lo que se llama el guante blanco. El guante blanco es a veces el guante de la perfidia. Los partidos políticos no pueden menos de combatirse y denunciarse entre sí, pero deben proscribirse los excesos de lenguaje y las acusaciones temerarias en que tan frecuentemente incurren oradores y periodistas.

En la política argentina todos los partidos pueden definirse por su tendencia más o menos democrática o antidemocrática. El voto de los electores se decide según esta tendencia, salvo, naturalmente, los elementos que buscan en la política un interés personal inmediato. Las poco convincentes invectivas que intercambian los tribunos y los más activos militantes, sirven para exacerbar los ánimos pero no para alterar el capital electoral de ninguno de los bandos.

Las personalidades más altas de la política argentina se conducen correctamente entre sí, y cuando alguno incurre en algún exceso, siempre se encuentra una solución decorosa. Desgraciadamente, apenas descendemos uno o dos escalones y llegamos a la Cámara de Diputados, empiezan a notarse el espíritu agresivo y la intemperancia. Y de ahí para abajo, las cosas van de peor en peor.

¿Cuál es el remedio de esto? Llevar la atención sobre ello, recapacitar por cuenta ajena, que es lo que nosotros estamos haciendo.

El orador o el periodista político que incurre en excesos de lenguaje, sobre todo en los excesos que se registran entre nosotros, daría en otros países argumento al adversario, pues los excesos de lenguaje son tan vituperables como muchos de los hechos o defectos que se quiere condenar, agravar o denunciar con ellos. Quien incurre en excesos de lenguaje pierde razón y se sale de la verdad, y deja su sinceridad en tela de juicio.

Seguramente los que están en mejores condiciones para reaccionar contra estos desbordes, y para combatirlos, son los periodistas, pues ellos pueden meditar mejor que los oradores sus palabras. Pero el periodista argentino suele complacerse en ser hiriente o virulento, suele complacerse en lastimar u ofender. Por cierto que en este punto recordamos lo que con motivo de cierto crimen político dijo un órgano extranjero que se publica en Buenos Aires. Según él, los periodistas eran los que, inconscientemente, habían armado el brazo de los asesinos.

Es menester que los periodistas políticos recapaciten, y que ayuden a recapacitar a los oradores. De otro modo, el ambiente político argentino acabará por volverse insoportable.

Tantos son los incidentes sangrientos y los homicidios motivados por cuestiones políticas, que podríamos preguntarnos si para militar en política es menester estar dispuesto a jugarse la vida. La pregunta podría ser ociosa en una hora de crisis histórica, pero si hay que estar dispuesto a jugarse la vida por cuestiones de política local, no podemos jactarnos mucho de nuestro adelanto.

Vale la pena cualquier esfuerzo que se haga por evitar el derramamiento de sangre motivado por la política. La sangre de hoy anuncia sangre para mañana. Los ánimos se exasperan, sube el tono de las invectivas, y no falta sino la ocasión para que salgan a relucir otra vez revólveres y cuchillos. ¿Cuánta sangre no le costó a la República Argentina la tragedia de Navarro? En ningún terreno el derramamiento de sangre es tan peligroso como en la política. No es sino una gota, y, a lo mejor, llega al río.

Un policía londinense muy ingenioso era tan aficionado a los trabajos de carpintería y de albañilería que dedicaba cuantos momentos tenía libres a construir pequeñas casitas, de las cuales él era el arquitecto, el albañil y el peón. Después de veintiséis años de ímprobo trabajo, con el aumento de las rentas de las viviendas, ha podido retirarse y vivir desahogadamente con ellas.



ESCENA CALLEJERA

La señora (indignada).—No sean tan curiosos y hagan el favor de dejar ver al chico lo que pasa.

SOR TERESA

Era un capullo de rosa
el rostro de sor Teresa.
Capullo al que dió la aurora
su luz nacarina y densa;
capullo disciplinado
por los labios de una estrella,
con arrebol de rubí
y diafanidad de perla...
¡Era un capullo de rosa
el rostro de sor Teresa!...

....

Pasaban los coraceros
por la ciudad lorenesa.
Desde el puente de San Roque
hasta el de La Magdalena
una multitud llenaba
calles, balcones y puertas,
uniendo al son de las marchas
sus patrióticas protestas.
Pasaban los coraceros
de regreso de la guerra...

Era el beso del sol una
cigarra de oro en la celda,
donde en angosta tarima
reposaba sor Teresa.
Por el ventanillo escaso,
que daba a una callejuela,
llegáronle alegres notas
de voces y de trompetas,
y con el botón de rosa,
que Dios por rostro le diera,
entre el lino que cubría
su tosco lecho de enferma,
¡tuvo no sé qué de augusto
la imagen de la doncella!...

Estrechados por las masas
de ardiente júbilo llenas,
cruzaron los coraceros
la torcida callejuela;
y un instante, en el convento,
repercutieron, intensas,
las notas de los clarines
entre vítores envueltas.

La Gloria desorbitaba
las campanas de Lorena;
mujeres, niños y ancianos,
como en comunión suprema,
saludaban en los héroes
el albor de una edad nueva;
y a punto que habló a las almas
la sombra de la bandera,
¡vibró el amor y el orgullo
de Francia en la Marsellesa!...

Bello, dentro su coraza
que el sol pródigo bruñera,
y gallardo en su apostura
sobre su corcel de guerra,
cruzó el capitán, en medio
de sus bravos, la calleja.
Manos breves y blanquísimas,
manos curtidas y secas,
todas con flores y besos
diéronle la enhorabuena.
El apuesto capitán
devolvió, con faz risueña,
un saludo a cada anciano
y un guiño a cada doncella;
y sólo una manecita,
desde detrás de una reja
—inspiraba por quién sabe
qué dulce esperanza muerta,—
se agitó en vano implorándole
una mirada siquiera...
¡Esa pasó inadvertida!
¡Esa no obtuvo respuesta!...

....

Es hoy un lirio de nieve
el rostro de sor Teresa;
un lirio al que dió la luna
su luz marfilina y bella;
lirio de albura de nube,
de eucaristía u oblea,
lirio que humilla al ropaje
virginal de una cisnesa,
con la espuma de alabastro
de su túnica de seda...

¡Y era un capullo de rosa
el rostro de sor Teresa!...

MIGUEL DE ARZUBIAGA

EL PILLETE

POR JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ

(Continuación de la pág. 7)

—¡Cómo patea y reniega la vieja, con esa boca que asustaría al señor Cambrone en la guardia ídem!

Don Gumersindo Zelaya, funcionario con luengos años de servicios en la repartición policial, y solterón de aires donjuanescos tirando a compadre de tapera, se había permitido, en corro de camaradas, recordar a Procesa en forma un tanto inconveniente. Acaso habría recibido algún desdén, y el señorón, acostumbrado a salir airoso de esos lances — por el honor del uniforme — andaba con pica. El hecho es que a oídos de Mingo llegó un vago rumor de la maledicencia del tipo.

—Esto corre por mi cuenta — se dijo para sí el muchacho.

Una tarde, don Gumersindo cayó de visita, precisamente en el momento en que Procesa y una de sus hermanas estaban en la puerta de calle. Mingo soslayó la escena y se puso en acecho. A poco, entró la Toribia, con un bulto en la mano, dando al pasar las buenas tardes, saludo al cual el del "flirt" respondió en forma casi imperceptible.

En ese instante apareció Mingo en el zaguán, y encarándose con Zelaya, le dijo:

—En esta casa, señor, hasta a la servidumbre le saca usted el sombrero.

Y con las palabras, la acción. Fué esto muy rápido. En la cima de aquel hombre alelado, se vió brillar una cabeza pelada como una rodilla. Mingo arrojó al lado el kepí, y dentro del kepí iba la cabellera de don Gumersindo. (El manotón había sido certero.) Era don Gumersindo Zelaya el primer tenorio de peluca de que haya llegado a saberse por tales pagos en aquellos tiempos.

En las iglesias de San Juan estaba muy en boga un sacerdote venido de La Rioja, donde había conquistado fama, más que por sus sermones, por su participación en memorables hechos políticos. Era una predicador apocalíptico que ponía el mayor afán en pintar el fin del mundo, próximo como consecuencia de la impiedad de los hombres, y en describir los horrores del infierno, cual un volcán en convulsión, sitio destinado para los incrédulos. Concepción dantesca deformada y chabacana, exponíala en lenguaje ora tétrico, ora bravío, con abundancia de gestos melodramáticos, de modo que mucha gente experimentaba, oyéndole, las impresiones máximas que sugiere un drama "guignolesco". Del gobernador, que era un abogado joven y liberal, de corte rivadaviano, decía el P. Pedro Ignacio que no debían llamarle Salvador — éste era su nombre de pila,—sino *Condenador*, y recordaba al respecto el episodio bíblico del pugilato de San Miguel Arcángel y Lucifer, desprendiendo francas similitudes entre lo ocurrido en el reino celestial, allá por los tiempos anteriores a la creación del mundo y lo que a la sazón estaba escandalizando a la sociedad en aquesta bendita tierruca de San Juan de la Frontera. Para aturdir más a los feligreses, el incansable predicador había dado en el procedimiento de arrojar desde el púlpito una plumilla de ave, diciendo que era el alma de un condenado, y que aquella persona sobre quien se asentase la pluma estaba sindicada para los eternos suplicios del infierno; y no es necesario decir qué de escenas se producían dentro del templo, entre aquella gente que se agitaba y lloraba, próximos algunos a la pérdida del juicio, mientras aquella *alma* vagarosa planeaba en el aire amenazando descender, ora aquí, ora allá.

Una noche del septenario de Las caídas, el P. Pedro Ignacio debía decir su plática en San Pantaleón, templo ubicado hacia el rumbo norte de la ciudad, y allí se presentó Mingo, con algunos compañeros, dispuesto a hacer una de las suyas. En el instante patético de la consabida escena y cuando, antes de largar la pluma, el pastor, con el semblante descompuesto y cárdeno, conducía la mirada de su grey, en el delirio de la fascinación, hacia los distintos puntos por donde podía aparecer el alma del condenado, vióse hender el espacio a un ser sobrenatural, que batía unas alas de diablo de un modo horripilante, que golpeaba su cuerpo como un ebrio contra los muros y columnas, que se aproximaba a los altares y retrocedía, que arrojaba fuego y humo por la boca — monstruo en miniatura, especie de escorpión con velas, y de hombre hecho cuervo, de los que San Juan Evangelista observó en Patmos — y que daba la sensación real de un demonio del infierno tal como lo pintaban en los libros de oraciones. El pavor que allí se apoderó de todos no es para descripto. La gente salió dando alaridos, peor que si un terremoto hubiese partido el templo. Quedaron dentro sólo los desmayados — una veintena — hombres y mujeres. Hubo contusos que se desbandaron por los campos, y alguno no detuvo su carrera en toda la noche.

Un rato después, los muchachos conversaban en la puerta de la casa de Mingo.

—¿Dónde pillaste el murciélago, che, Mingo?

—En la ramada del fondo.

—El bicho *pitaba* bien el cigarro, y las carguitas de pólvora, a distancia de media uña una de otra, dieron resultado completo.

—Y yo, largándolo desde la punta del bastón en alto... Del señor inventor... no dirán que estuve mal.

—De esta hecha el fraile no junta más al beaterío... ni boleándolo.

A todo esto, Mingo había cursado los grados de la escuela de la Patria, dirigida por don Ignacio Fermín Rodríguez, ganando en sus aulas el título, como alumno aventajado, de "primer ciudadano". Iba a la escuela hasta con tiempo lluvioso, y él mismo declaraba que no faltaría un día a clases... aunque cayese piedra con picos. A los diez años había sido enviado al Seminario de Loreto, en Córdoba, donde no ingresó por no haber conseguido beca, y a los doce años había fracasado otra vez en los propósitos paternos de obtener beca por serle adverso el sorteo en la adjudicación de las becas de Rivadavia, a que antes queda hecha referencia. Entonces fué cuando Mingo entró de ayudante del ingeniero francés M. Bareau, con quien trabajó por algún tiempo en la delineación y plano de la ciudad.

A veces el ayudante tenía que levantarse mucho antes que el sol, y antes, también, que la criada, y entonces se iba al corral — canturreando algún latín, cuyo sonsonete le llevaba en seguida a paronimias risueñas — a mensurar las ubres de la vaca; y él hubiera podido contarnos cuán buena es la leche fresca a la hora del alba.

PRIMERAS ANDANZAS

Nunca supo Mingo hacer bailar un trompo, discutir a la rayuela, remontar un barrilete, juegos a los que suelen ser tan aficionados los varones desde la edad de cinco años. La pintura, en cambio, lo atraía con poderoso influjo, y empezando en la escuela por calcar figuras, llegó en poco tiempo a saber copiar la cara de los santos, tomando para esto por modelos óleos o grabados. Así, adquirido el tipo de un San Jerónimo, lienzo quién sabe de qué antiguo pintor italiano, existente en casa de una familia de la vecindad, Mingo lo reproducía de distintas maneras, en traje de obispo o de payaso, como mujer o como hombre, con cuerpo de pájaro o de paquidermo; y por cierto que más de una matrona se persignó al ver semejantes profanaciones del pintorzuelo. Evolucionando el gusto de Mingo, llegaba luego a la estatuaria. Hacía santos y soldados de barro. A los santos dedicábales misas solemnes que él mismo cantaba, y los propios padres dominicos de la ciudad iban a presenciar el espectáculo y a festejar la pantomima de aquel diablillo, que solía parodiar los oficios religiosos con una gracia juvenil que no hería la santidad de los mismos oficios.

(Terminará en el próximo número)

VAMOS A VER...



EL ETERNO FEMENINO

—Ese modelo no me gusta.

—¡Claro! Como que es una forma pasada de moda.

LA POLÍTICA Y LOS ECLIPSES

Refiérese del duque de Morny una anécdota curiosa:

En el verano de 1842, Morny se presentó como candidato a diputado en el departamento del Puy-de-Dome.

El que había de ser más tarde, bajo el segundo imperio, presidente de la Cámara de Diputados, estaba dotado de gran habilidad y de un maravilloso don de gentes, así es que, a pesar de la hostilidad de sus adversarios, tardó poco en ganarse el colegio electoral de Clermont.

En una reunión bastante concurrida, pocos días antes de la elección, estaba presente de Morny, y uno de sus más serios contrincantes se le acercó y le preguntó:

— ¿Qué les ha prometido usted a los electores de la campaña que los he encontrado tan dispuestos en su favor?

Por entonces, los almanaques habían predicho un eclipse para el 10 de julio próximo, y de Morny contestó jovialmente:

— Les he prometido un eclipse para el 10 de julio, a esos buenos electores. Pero, como soy un competidor leal, les he advertido que usted también podría prometerles otro, sólo que el día que ese eclipse debía producirse aun no había sido fijado.

De Morny fué electo por una considerable mayoría.



EL QUE MANDA, MANDA

—¿No le dije a usted que lo pintase en una misma línea?

—Es que...

—¡Basta! No le tolero a usted una palabra más alta que otra.

UN ENCARGUITO

Hallábase enfermo un carpintero, cuando sus aprendices perdieron una sierra. El enojo del carpintero fué tal que le precipitó la muerte.

Pocos días después estaba en la agonía un vecino, y al saberlo la viuda del carpintero, se fué a hablar con él y le dijo:

—Oye, Clemente: en cuanto llegues al cielo, vas a hacer el favor de decirle a mi Carmelino que no esté con cuidado por la sierra, porque la hemos encontrado debajo del banco.

EN EL TALLER

—Bien; me quedo con el cuadro; pero con la condición de que le cambie usted el marco por otro mejor... Ahora que están tan baratos...

ENTRE AMIGOS

—Chico: vi al sastre, y me cobra ciento ochenta pesos por un corte.

—Sí que está la vida cara... Pero yo tengo más suerte que tú: acabo de adquirir otro corte por muchísimo menos.

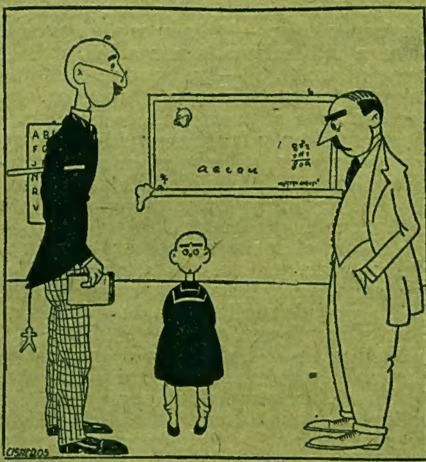
—¿Dónde?

El otro (señalándose a la cara). — En la barbería. ¡Mirá qué grande es, y sólo me costó treinta y cinco centavos.

LÓGICO

—¿Por qué es difícil engañar a los que venden artículos de viaje?

—Porque por lo general son gente de mucho mundo.



INCORREGIBLE

—Su hijo es incorregible. ¡Me tiene ya hasta la punta de los pelos!

RUINAS ANTIGUAS

—¡Qué hermoso es esto! — exclama el turista. — ¡Estas ruinas deben ser de tiempos de Carlomagno!

—Sí, señor. ¡Justo! Hará un mes que acabaron las obras.

ENTRE ELLAS

—Pues mi esposo carece en absoluto de sensibilidad.

—¿Es posible?

—Sí; ya puedo pasarme dos días llorando que no hay modo de sacarle un peso.

UN CONSEJO DE GONNET

Un sujeto poco culto y menos aseado solicitó de Luis M. Gonnet que le indicara las obras que pudiera llevar durante su veraneo en el campo.

A lo que Gonnet respondió:

—Las obras que seguramente le convienen más a usted son las obras de salubridad.

ENTRE CAZADORES

—¡Qué! ¿Ha matado usted mucho?

—Hasta ahora, sólo un aviador.

CONYUGAL

—¡Pero, hombre!... ¿Cómo quieres clavar ese clavo sin martillo?... ¿Para qué te sirve la cabeza?



EN EL CASINO

— ¿Por qué no bailas esta noche, Eglantina?

—Es muy poco divertido. Esta noche está dedicada exclusivamente a las familias.

¡QUÉ LÁSTIMA!

Cuando Grétry tenía ocasión de escuchar a uno de esos músicos que con el aplauso de los ignorantes ejecutan un trozo lleno de dificultades y desprovisto de melodía, acostumbraba a decir:

—¡Qué lástima que no sea un poco más difícil..., así, quizás, no pudiera tocarse...

EN LA LIBRERÍA

La señora Tapatencá entra en una librería y pide un libro para un joven.

—¿Qué clase de libro desea usted?

—Un libro para un joven.

—Muy bien, señora. ¿Qué clase de joven es?

—¡Caramba! Se me había olvidado decírselo: es un joven rubio, de ojos azules, y usa comúnmente corbata roja.

EN EL CUARTEL

—Borracho, ¿eh?... ¿Y no sabes la pena que tienes?

—Denguna, mi capitán. ¡Estoy mu alegre!...



GRAN TRAGEDIA

La noche triste.



DIÁLOGO

El macho. — Por ti sería yo capaz de los mayores sacrificios, de los mayores disparates!... ¡Te adoro!

La hembra. — ¡Bah!... Todas esas cosas no las dices más que de pico.

Consideraciones sobre el hambre que lleva al delito y la que lleva al progreso

(Continuación de la pág. 5)

gastos generales. Y no es posible apelar a la reducción de esta última partida, porque en el déficit alimenticio sobrevienen las enfermedades, y porque con menos del 30 % predicho, la desnudez sería inevitable; disminuir la suma señalada para la casa, es posible; pero entonces, al lado de la alimentación mejorada, surge la vivienda sin desplazamiento respiratorio, la vivienda sucia que es comedor y dormitorio, cocina y gallinero, cuarto de planchar y pieza de recibo. La vivienda inmoral donde los niños tienen a la vista la vida de sus padres; la vivienda donde nace la promiscuidad y fracasan los más bellos fundamentos de la familia; la vivienda de donde salen el hampa sin inocencia, la clase baja sin fortaleza y, a veces, la clase media sin idealidad. Y hay que escoger entre esta vivienda y aquella alimentación; aquella alimentación por cuya virtud aparecen el tuberculoso, el pasional, el abúlico, el alcoholista. Porque ya es hora de decir que la mala alimentación induce al uso del alcohol. Al fin y al cabo, el alcohol es un alimento, bien que alimento degenerativo, y hay quien acepta degenerar a cambio de alimentarse. No deja de ser razonable ya que, si no se alimenta, degenera también, aunque en forma distinta.

Si nos pusiéramos a estudiar a fondo el problema del hambre y supiéramos resolverlo, de hecho quedarían resueltos el de la delincuencia, el de la vivienda y el de la inmigración, el de la macrocefalia que Buenos Aires representa en la República y el de regular los precios de todos los artículos de primera necesidad. También resolveríamos nuestro problema higiénico y, de paso, aseguraríamos el fomento del ahorro, al punto de poder asegurar la independencia económica del individuo, base de la independencia económica de la nación. Una encuesta hecha imparcial e inteligentemente nos demostraría que por lo menos el 60 % de la población porteña se alimenta mal y sufre hambre crónica. Todos los que hablan de que comen poco y hasta se manifiestan alegres con ello, son, por lo general, casos de hambre crónica. Las mujeres que deseosas de adelgazar llegan a acostumbrarse a vivir con dosis ridículas de alimentación y luego aseguran que se han acostumbrado a comer poco, pronto se convierten en casos de hambre crónica.

Hay quien asegura que el patriotismo depende de la buena alimentación. Ciertas razas creen que la tierra, dándonos sus productos, nos obliga a amarla. Acaso sea verdad. Como quiera que sea, es lo cierto que las pasiones fundamentales — amor a la patria, amor a uno mismo, amor a la familia, amor al trabajo — se producen mejor en las personas bien alimentadas. El hambre lleva al progreso, en cuanto nos inspira temor y luchamos para que no se produzca; pero lleva al crimen cuando nos engaña. Debemos cuidarnos mucho del prejuicio bromatológico. Y en la Argentina padecemos de uno grave: creer que el mate alimenta; como solemos creer que bastan, para un hombre sano, tres litros diarios de leche. Estos prejuicios llevan a la delincuencia o a la tuberculosis.

No tratemos de ser gastrónomos ni ansiemos una mesa heliogabálica. En el comer, la exquisitez suele ser tan peligrosa como la carencia. Pero si un gran ideal puede ser prosaico, vivir a ras del suelo y constituir algo como el lema de un pueblo, ese ideal seguramente es este: comamos lo suficiente. Cada uno de nosotros tiene una necesidad. Por su desgaste y por su asimilación, el problema de la comida es casi personal. Estudiémonos a fin de llegar a comer bien. Los hombres pongan, para descubrir su régimen de alimentación, el empeño que ponen para acertar con la quiniela, y las mujeres el entusiasmo que dedican a averiguar cuál es el más grato perfume o cuál el sombrero que más las embellece.

EL COLOR DE LAS ALAS DE LAS MARIPOSAS

Hay entomólogos que suponen que en épocas prehistóricas el color de las alas de las mariposas era neutro; es decir, ni blanco ni negro, o acaso obscuro y blanco, pero en el transcurso de los siglos han llegado a adquirir los hermosos colores con que hoy se nos presentan.

Es de notar también que los machos son los que ostentan más bonitos colores, y que en su coloración influyen los cambios de clima. En un mismo punto se pueden cazar ejemplares de una especie determinada, incubados y nacidos después de la estación lluviosa, que apenas ofrecen semejanza alguna ni aun en la forma con ejemplares de la misma variedad capturados en el mismo lugar el año anterior.

Se han observado casos en que de los huevos de ciertas especies de mariposa de color encarnado obscuro ha salido una segunda generación, con las alas de color púrpura, muy difíciles de clasificar, aun examinando los ejemplares detenidamente un perito en la materia.

NUEVAS MAESTRAS Y TECNICOS ARGENTINOS



GRUPO DE LAS MAESTRAS EGRESADAS DE LA ESCUELA NORMAL Nº 8 DE LA CAPITAL

FOTO DE F. BIXIO Y Cº

LOS TÉCNICOS MECÁNICOS EGRESADOS EN 1923 DE LA ESCUELA INDUSTRIAL DE LA NACIÓN



JORGE AGUILAR



ARTURO ESPELDE



GENARO CALANDRELLI



JOSÉ BALMACEDA



ROBERTO RAUWOLF



SANTIAGO BRANDOLÍN



DANTE GARBARINI



MARCOS A. LEZANA CORBALÁN

LOS PERITOS MECÁNICOS DE CURSO NOCTURNO EGRESADOS DE LA ESCUELA INDUSTRIAL DE LA NACIÓN



TEODORO TUBIO



RUFINO ALBIZU



CARLOS GRECO



CÉSAR AVINI



ANDRÉS SOUSO

MAESTROS MAYORES DE OBRA EGRESADOS DE LA ESCUELA INDUSTRIAL DE LA PLATA



PATRICIO J. DILLÓN



JOSÉ N. GADLER



ROBERTO J. FERNÁNDEZ



MANUEL M. ÁLVAREZ

PARA SABER GANAR





MANDE su dirección en el cupón y recibirá gratis **un manual para aprender a escribir a máquina** y folletos explicativos de los cursos que enseñamos por **correspondencia.**

TENEDOR DE LIBROS
TAQUIGRAFIA
ORTOGRAFIA
ARITMETICA
ELECTRICISTA
DIBUJO ARTISTICO
CONSTRUCTOR
CONTADOR MERCANTIL
CORRESPONDENCIA
CALIGRAFIA
MECANICO
DIBUJO MECANICO
CHAUFFEUR
MAQUINISTA

ESCUELAS SUDAMERICANAS
1059, LAVALLE, 1059 - BUENOS AIRES
(La escuela más grande del mundo)

NOMBRE..

DOMICILIO..

LOCALIDAD..
M. A.

Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio.

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.